

El Ruedo



1⁵⁰
PLS

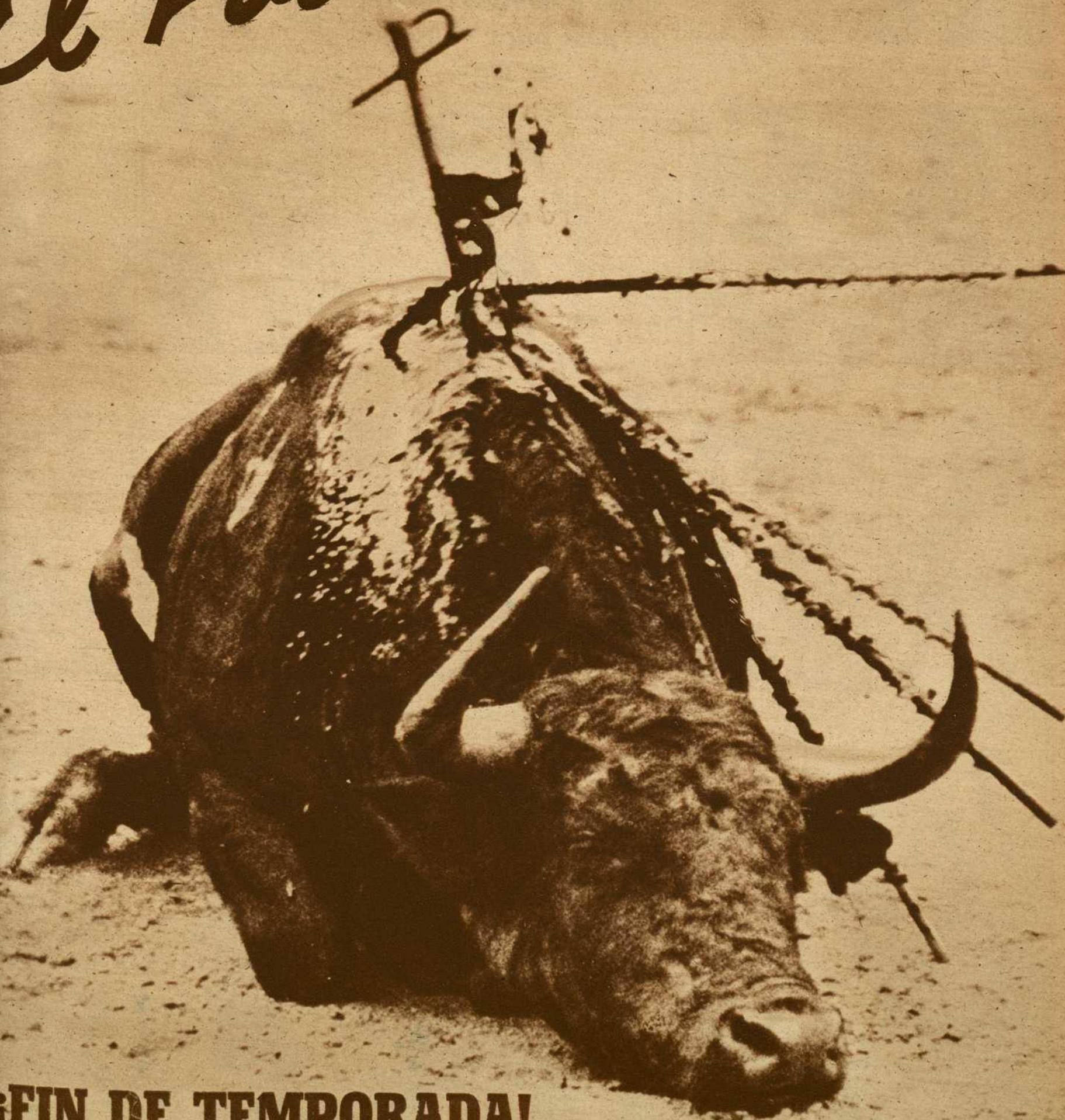
JAAVEDRA



Brindar la divisa

(Dibujo de Perea.)

El Ruedo



¡FIN DE TEMPORADA!

(Fotografía de Baldomero)



Antofito se despide de su padre al iniciar el viaje para Méjico



Antonio Bienvenida pasea por Madrid en adiós a la capital

¡ADIOS, MADRID!

Cagancho, Gitanillo de Triana, Gallito, Antonio Bienvenida y Pepe Luis Vázquez llegaron el lunes a nuestra capital, de paso para embarcar en Vigo



Pepe Luis y un amigo conversan animadamente



Gallito ríe al tiempo que posa para nuestro fotógrafo



Pepe Luis, con Marcial Lalanda, nada más llegar a Madrid



Gallito da los últimos datos a Marcial, su apoderado



Antonio Bienvenida reza ante el Cristo del Gran Poder, guarda y protector de cuantos toreros cruzan el Atlántico. (Reportaje gráfico de Manzano.)



Pepe Luis Vázquez, con Flórez, haciendo la maleta



El diestro de San Bernardo, con su mozo de estoques



Pepe Luis con el marqués de Ardales, el lunes en Madrid



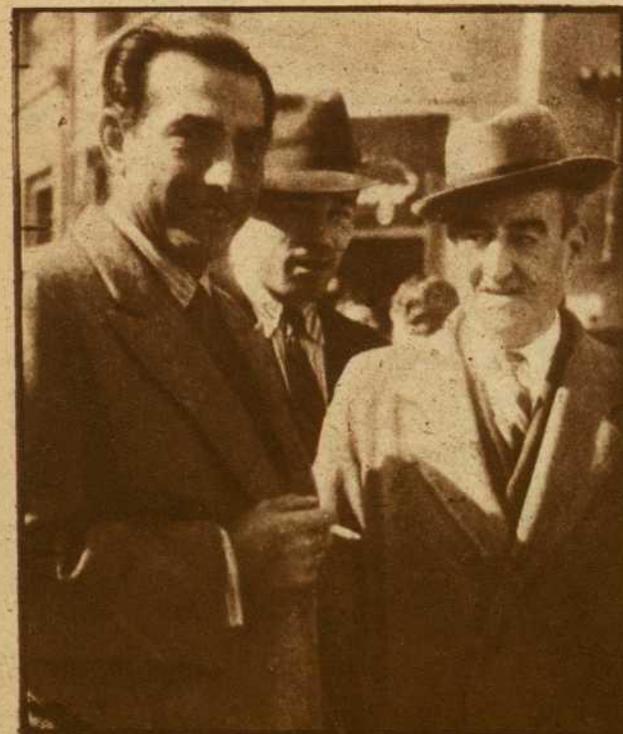
Marcial con los des diestros sevillanos y un amigo



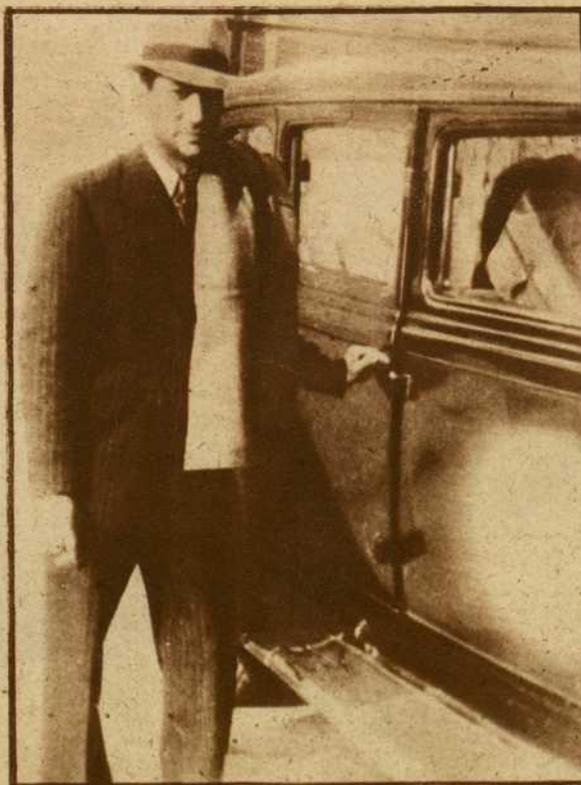
Gitanillo abraza a su apoderado a su llegada a Madrid



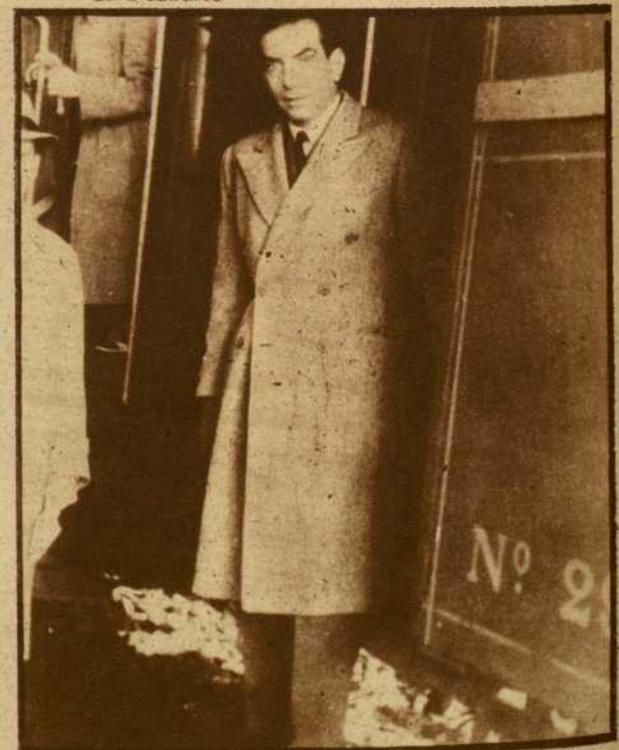
Gallito conversando nimadamente con Marcial



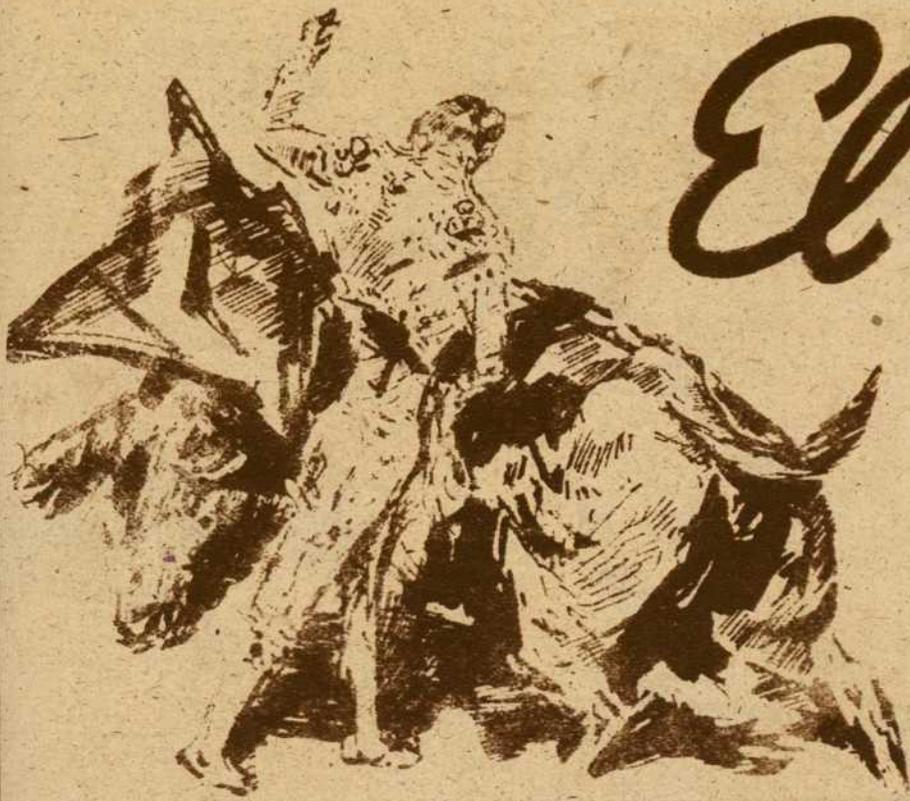
Cagancho, con su apoderado, ríe, optimista, ante el viaje que va a emprender



Gitanillo de Triana ha llegado a Madrid y se dispone a coger un taxi



Cagancho, en la estación del Mediodía, se dispone a bajar del tren



El Ruedo

Suplemento taurino de MARCA

Año I -- Madrid, 25 de octubre de 1944 -- Núm. 20



El Estudiante en la entrega del capote que ganó en la corrida de la Beneficencia de Madrid, y que ofreció a la Virgen del Pilar.—Arriba: El torero con su esposa y las autoridades eclesiásticas y civiles.—Abajo: La salida del templo zaragozano

PREGON DE TOROS

Por JUAN LEON



NO han leído ustedes ya opiniones i nteresanísimas de los más afamados críticos taurinos sobre la expirante temporada? Habrán visto que con ustedes coinciden todos, absolutamente todos, en que el toro ha sido lo que con más frecuencia ha estado ausente de los ruedos. Y entonces —se preguntarán perplejos—, si no hubo toros, ¿qué cosas motivaron tan desmesurados elogios a los toreros como los que hemos leído de esos mismos críticos en toda la Prensa? ¿Es que puede admitirse el "toreo de salón" —que tal es el toreo

sin toro— como auténtico arte taurino, ese arte que sella siempre la emoción, y a veces el drama, como esenciales características de nuestra fiesta?

Dé ninguna manera. No puede admitirse el "toreo de salón" como arte de ninguna especie; pero resulta que a la hora exacta en que un diestro más o menos famoso se encuentra en el ruedo ante una sombra de toro y hace ciertas cosas, ustedes, anticipándose a los críticos, se ponen en pie, gritan, gesticulan, sacan los pañuelos y enloquecen de entusiasmo, pronunciando un fallo inapelable, al que acede la Presidencia en aras de la unanimidad.

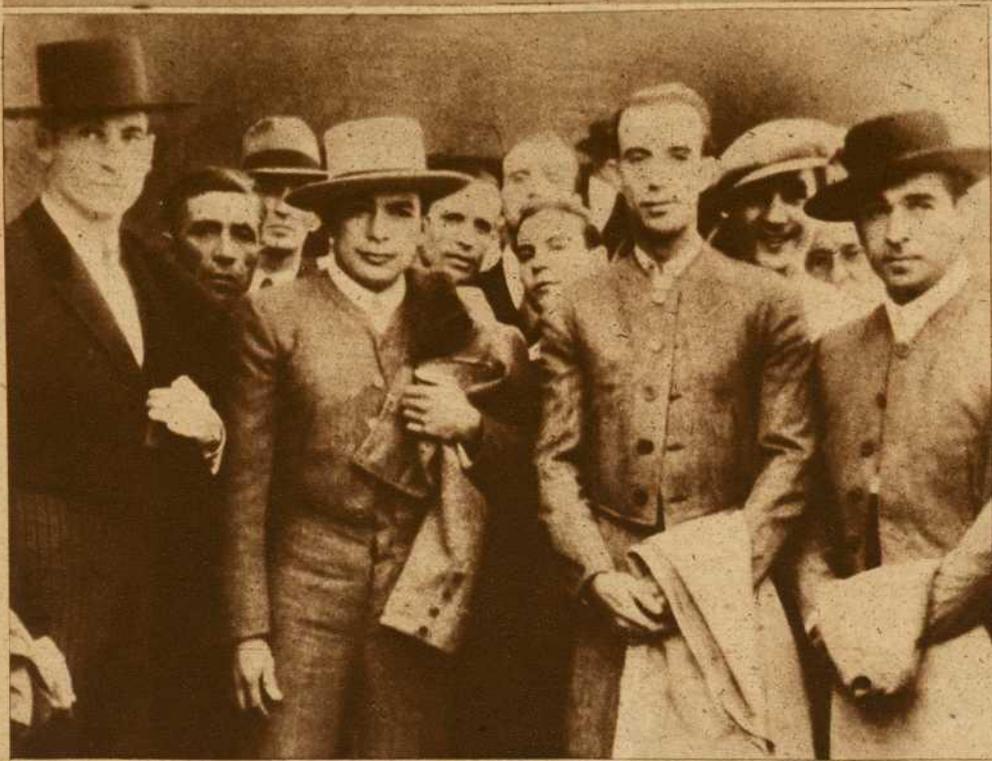
Y así, por este camino, jamás se puede llegar al toro de años y de arrobas, porque los diestros han encontrado el secreto del éxito apoteósico en el torete joven y escuálido y los ganaderos el de ahorrarse un par de años de debesa y piensos.

Los toros bien presentados, he de repetirlo, se podrían encontrar poniendo en uso las básculas instaladas en las Plazas más importantes, pesando las corridas en vivo y haciendo públicos los resultados. Insisto en esto alentado por numerosos comunicantes que me lo ruegan. La cosa no es tan difícil y no podría ocurrir—lo creo sinceramente—que se llenase una Plaza, por muy sugestivo que fuese el cartel de diestros, si los "hermosos toros" resultaban chotos en la romana.

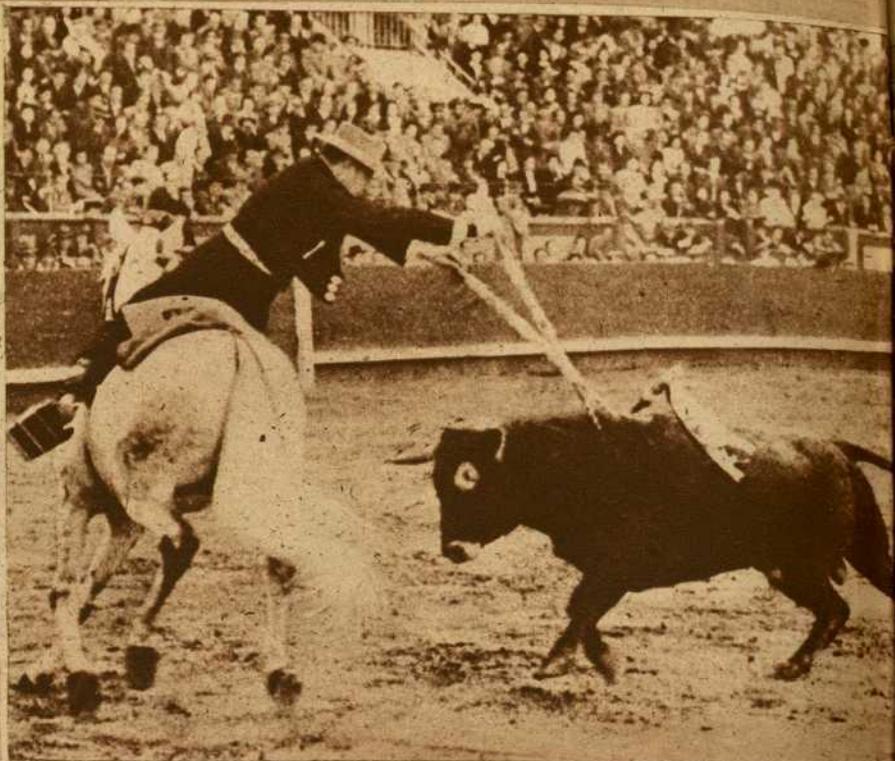
Celebrada ya la feria de Jcén, apenas un par de corridas más pondrán remate a la temporada en el próximo domingo.

En Madrid, de pronto, y cuando ya nos habíamos despedido melancólicamente de la Plaza de las Ventas, nos vimos sorprendidos con el magnífico espectáculo que se celebrará mañana a beneficio del Hogar del ex combatiente. Espectáculo lleno de aliados, con Ortega y Manolete; con don Alvaro Domecq, de cuya retirada inminente se habla tanto estos días; con dos tan excelentes aficionados como Pepe Martín y Pedro Domecq; con diestros como Sánchez Mejías y Juan Belmonte, que iniciaron juntos su carrera artística, y con ese fenómeno de la novillería, "nuevo en esta Plaza", Aguado de Castro. Todo esto con novillos de don Atanasio Fernández, el ganadero triunfante en la temporada, según lea.

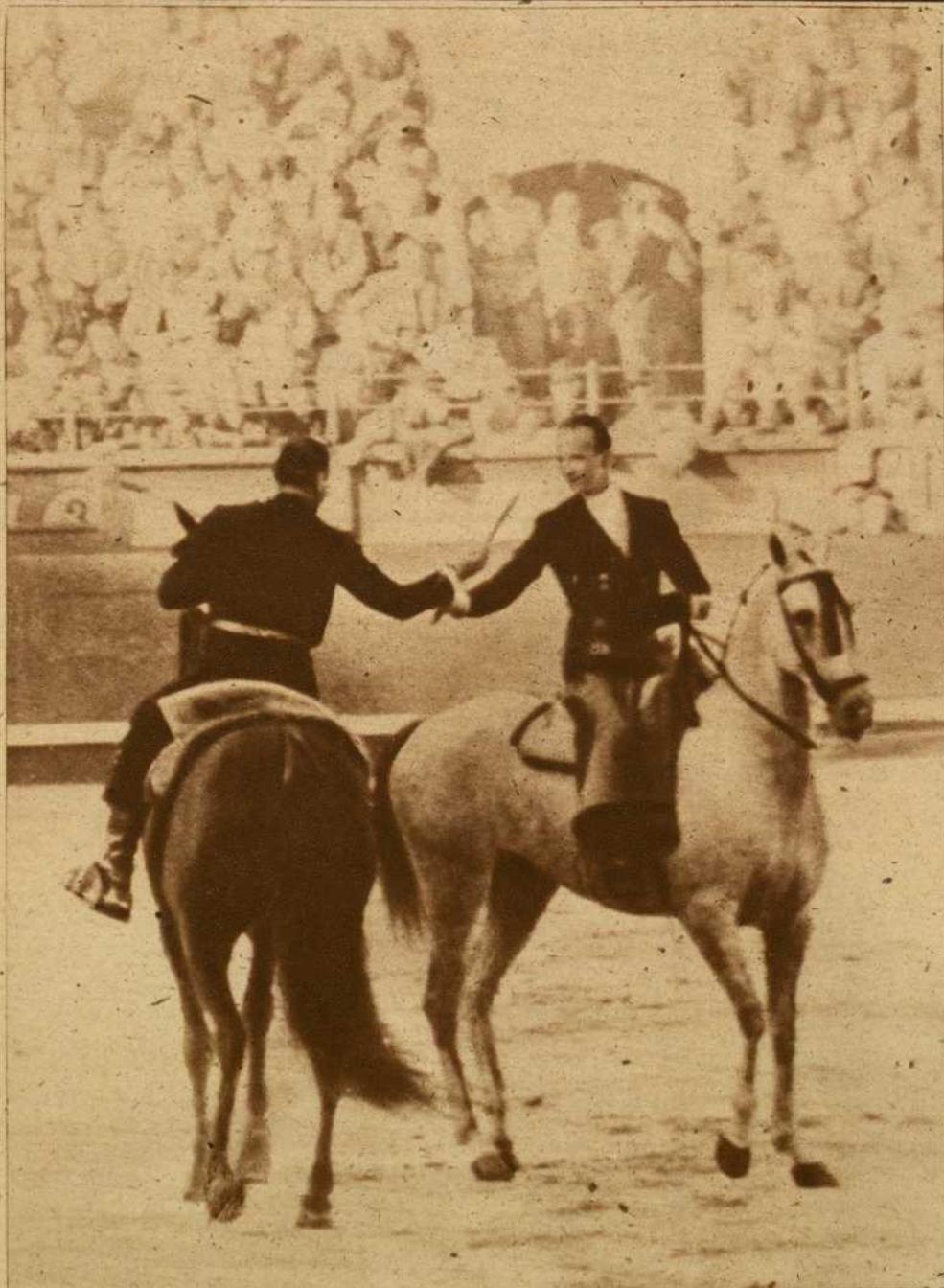
Festival taurino en la Monumental de Madrid



Angel Luis, Cañitas, El Estudiante y Pepe Bienvenida, antes de hacer el paseillo, en el festival del día 17



Simao Da Veiga en un buen par de banderillas a dos manos al novillo del día 17 cortó la oreja



Momento en que el rejoneador portugués ofrece al español banderillas. Ambos tuvieron una gran actuación



Alvaro Domecq y Simao Da Veiga dan la vuelta al ruedo después de despachar sus correspondientes novillos

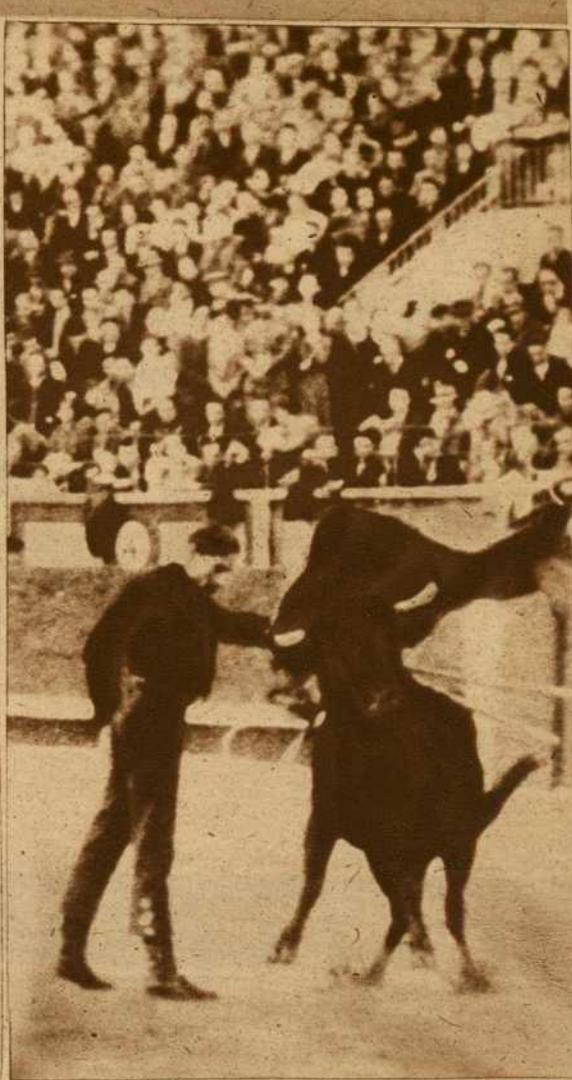
PEPE BIENVENIDA, EL ESTUDIANTE, CAÑITAS, ANGEL LUIS BIENVENIDA, ALVARO DOMECCO y SIMAO DA VEIGA
 beneficio del Ropero de la Hermandad de Jesús del Gran Poder y la Virgen de la Esperanza



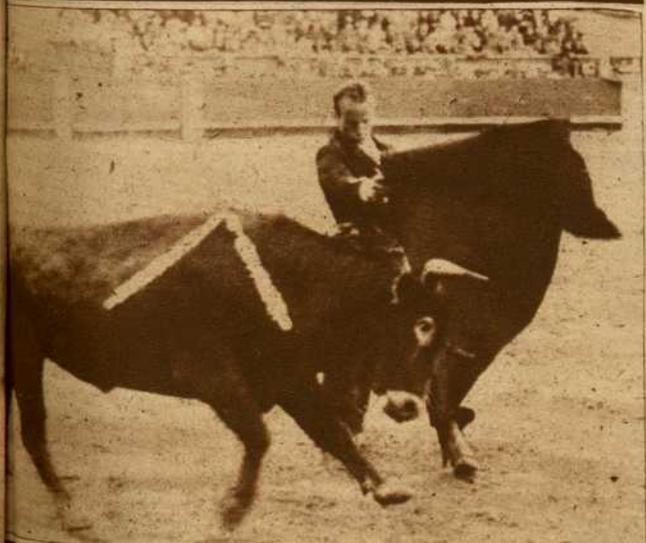
Aspecto que ofrecía la Plaza madrileña durante el festival del día 17



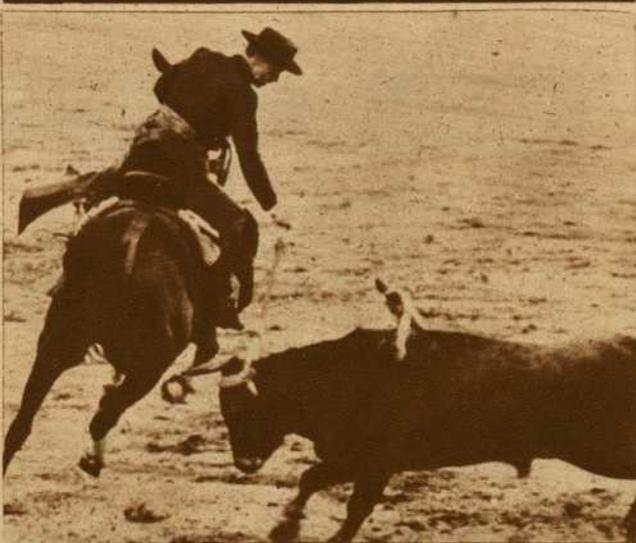
Pepe Bienvenida en un pase en redondo



Un muletazo por alto de Angel Luis



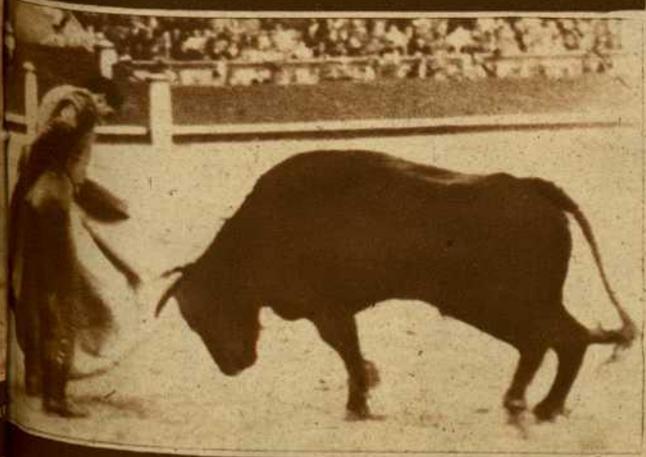
El rejoneador jerezano en un pase de pecho



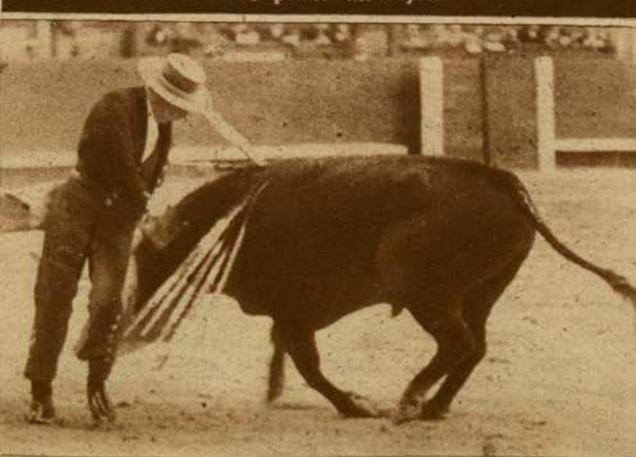
Alvaro Domecco en una arriesgada pasada antes de poner un rejón



Alvaro Domecco toreando al natural con la derecha



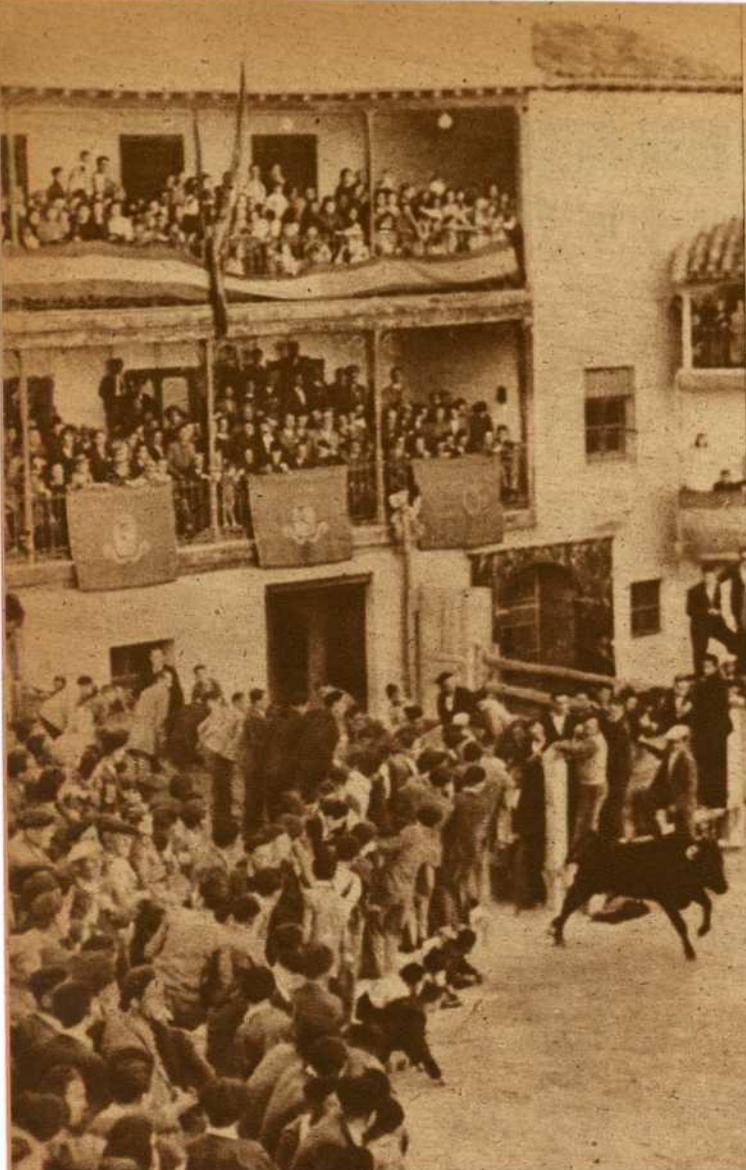
El Estudiante toreando de frente por detrás



El rejoneador portugués en una coñida media verónica

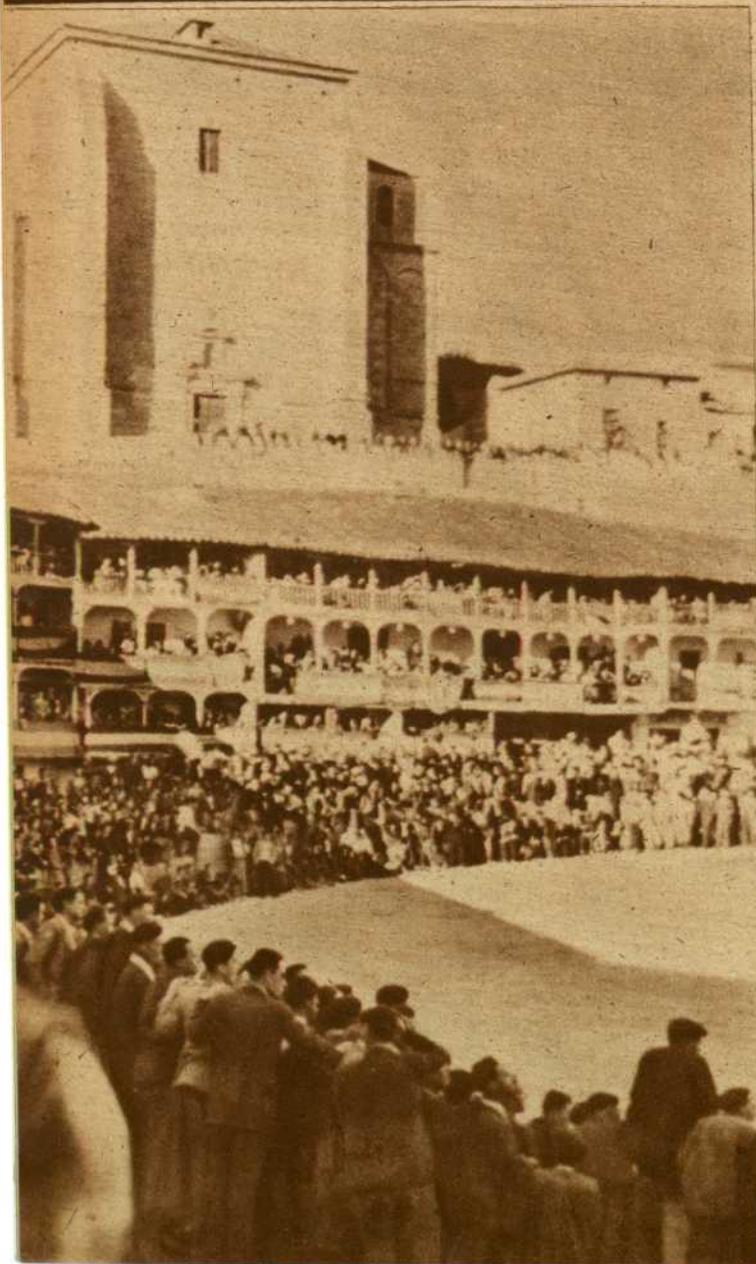


Cañitas lanceando de capa con ambas rodillas en tierra



La salida del primer becerro. Va a dar principio la fiesta, y el público se apiña para ver la salida del bicho

El bello aspecto de la plaza de Chinchón. Magnífica estampa realizada por la iglesia del pueblo, que presta la serena gracia de sus líneas a este conjunto



Las cuadrillas, dispuestas para comenzar el paseillo. De izquierda a derecha: Morenito de Talavera, Luis Miguel, Pablito Lalanda, Paquito Muñoz, Domingo Dominguín y Ortega

FESTIVAL EN CHINCHON

Ortega, Morenito de Talavera, Domingo y Luis Miguel Dominguín, Paquito Muñoz y Pablito Lalanda



El diestro Domingo Ortega en un adorno en el bicho de su turno

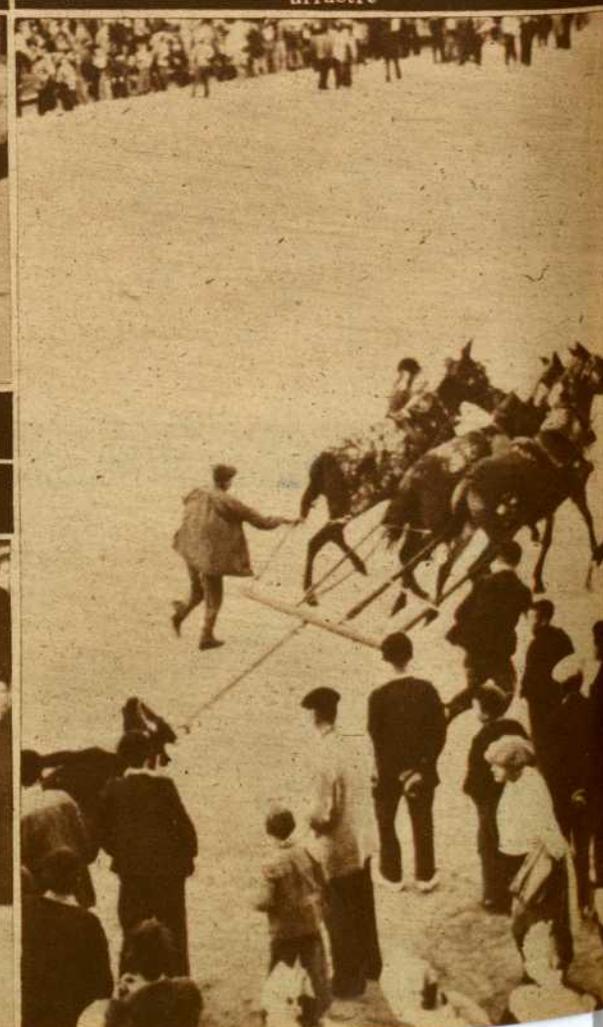
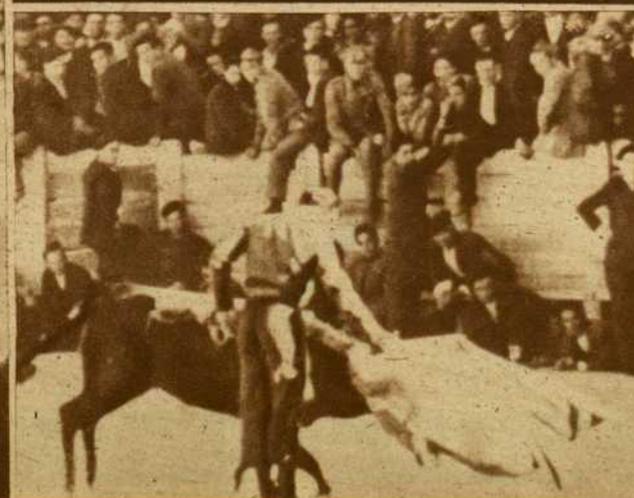


Pablito Lalanda en un natural con la izquierda.—Abajo: Las mulillas verificando el arrastre



Domingo Dominguín toreando con la izquierda a su becerro

Morenito de Talavera en la faena de muleta (Fotos Baldomero)

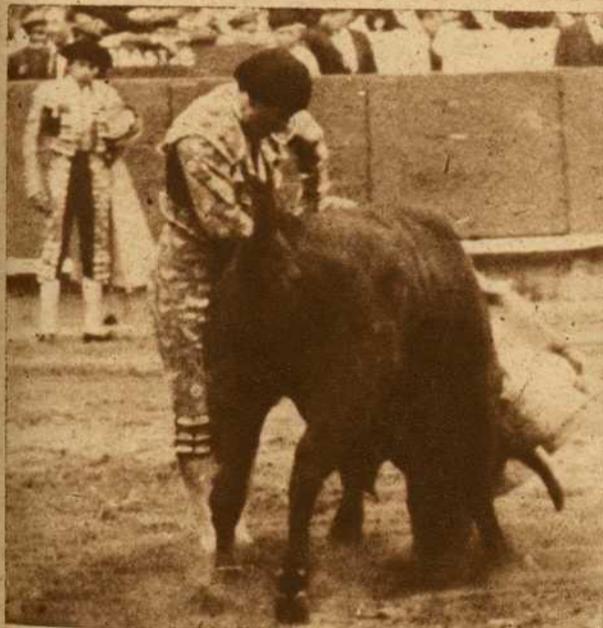


CARTEL DE BARCELONA

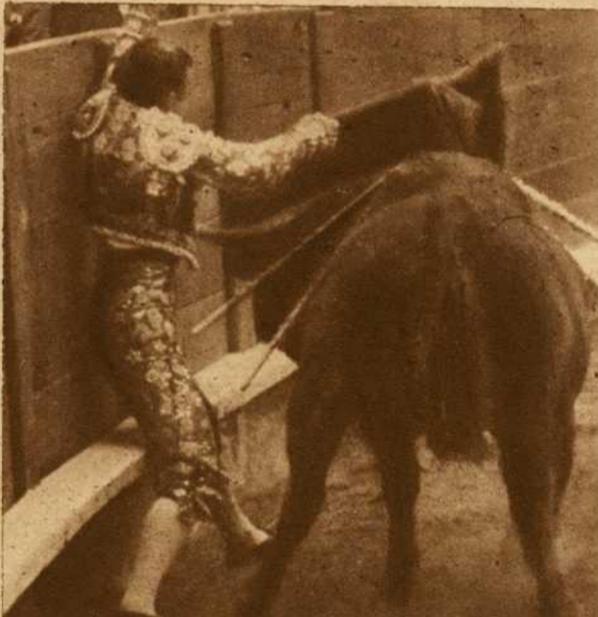
Seis toros del duque de Pínohermoso para SIMAO DA VEIGA, ALVARO DOMEQ, PEPE BIENVENIDA y CANITAS



El paseo de las cuadrillas, con Alvaro Domecq y Simao da Veiga al frente



Pepe Bienvenida en una ceñida media verónica



Cañitas en un pase sentado en el estribo



Domecq en un buen par de banderillas a su novillo



Simao da Veiga clava un buen par a su toro

RESEÑA

BARCELONA, 22 (De nuestro corresponsal Subirán). Tiempo primaveral y una buena entrada. La función es a beneficio de las viudas y huérfanos del Ejército.

Primero de rejones. *Abrileño*, negro, muy chico y gordo. Simao da Veiga lo corre bien y coloca un rejón en lo alto, seguido de dos desprendidos. Invita a colocar banderillas a don Alvaro Domecq y los dos rejoneadores nos deleitan con todo un curso de torear a caballo, poniendo pares en todo lo alto, dos de ellos con palos cortos. Un rejón de muerte delantero, que no surte efecto.

Pie a tierra. Simao coloca un buen par y luego hace una faena breve y valiente, que antes brinda al general Moscardó. Un pinchazo en hueso, otro hondo y una entera que bastan.

Ovación, vuelta, regalo y salida a los mandos en unión de don Alvaro Domecq.

Segundo de rejones. *Novelero*, negro listón, también grande y gordo. Tras los jugueteos de rigor, don Alvaro coloca un rejón en la misma cruz, seguido de dos más, algo caídos. Cuando está cambiando de jaca, dobla el toro por efecto mortal del magnífico primer rejón. (Gran ovación.)

Tercero. *Peletero*, negro, un torazo de inmejorable presentación, que derriba con aparato y estrépito.

Pepote coge los palos y coloca tres pares fáciles.

Faena por bajo sin confiarse, con desplantes que el público no admite. Tres pinchazos sin estrecharse y una casi entera con intento de descabello.

Cuarto. *Pistolero*, negro, otro magnífico ejemplar. Cañitas pone las banderillas. Dos pares inmejorables y medio en tablas. Aplausos.

Tres ayudados por alto pegado a las tablas. Uno por afarelados, molinetes y derechazos a los sonos de la música. Tres afarelados seguidos y en la primera igualada un pinchazo hondo magnífico, entrando con ganas. Otro guel y termina con media buena.

Ovación y vuelta.

Quinto. *Medidor*, otro buen mozo, negro.

Pepe Bienvenida hace faena por la cara, entre protestas, sin ganas y con precauciones. Un pinchazo hondo entrando mal, media que escupe y cuatro intentos de descabello. Pitos.

Sexto. *Apartador*, de la misma talla y buen tipo de sus hermanos. Salta la barrera y por poco se cuele en un tendido.

Tres varas, dos con poder y derribo y dos quites voluntariosos de los maestros.

Cañitas invita a Pepote a poner banderillas. Sale el invitado con uno de poder a poder, abierto; Cañitas sigue con otro bueno, haciéndolo todo él, y Pepe continúa con uno en el brazuelo.

Cierra el mejicano con un par delantero.

Brinda al público Cañitas. Faena breve y valiente sin florituras, doblándose bien. En la primera igualada, una gran estocada y certero descabello.

Ovación y vuelta, con oreja.

JUICIO CRITICO

Lo peor de la tarde fué la lidia ordinaria. Había torca hechos y derechos, se tenía que ir a ellos, darles la cara y aguantarles porque, si bien eran de estilo poco propicio y no de carril, se les podía haber sacado un mayor provecho.

Pepote Bienvenida, torero largo, se rajó de buenas a primeras, cosa inadmisibles en un lidiador con recursos para salir airoso de un mal trance, y éste no lo era: incluso llegó a poner un par en el brazuelo, lo cual roza ya los límites de lo increíble.

En resumen: una mala tarde del decano de la Casa Bienvenida, poniendo mucho de su parte el interesado.

El mejicano Cañitas, sin triunfar, gustó y rubricó la primera impresión: valiente, voluntarioso, con las banderillas a guisa de trinchera inexpugnable, siempre da todo lo que tiene y gana a pulso los aplausos.

Su cartel en Barcelona queda plenamente afianzado y su estilo bien definido; es un torero valiente y aquí gustan los lidiadores de tal clase. Sin embargo, hay que reprocharle que apura excesivamente los momentos felices en busca de la apoteosis. Hoy no debió aceptar la oreja de su último toro y que le pasearan en hombros al final, porque eso, a la postre, le perjudica netamente.

Vimos toros; incluso los de rejones.

El duque de Pínohermoso nos envió una magnífica corrida de tipo parejo, bonito, con peso y con armamento de toros cincoños.

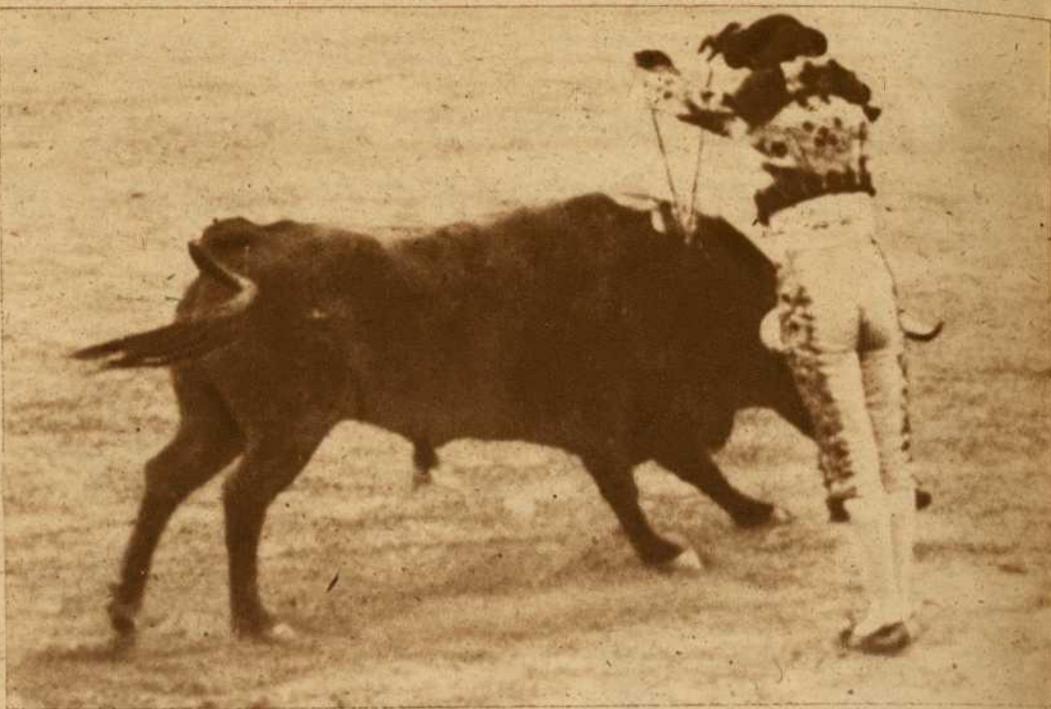
Ahora a esperar a Manolote, que torea el sábado... en un festival y con novillos.

Peso de los toros en canal: 257, 235, 271, 255, 248 y 279.

Siempre hubo buenos banderilleros



Paso a paso, con la gracia singular de su figura menuda—todavía de niño—, Manolo Bienvenida se acercaba hasta lo inverosímil al terreno del toro



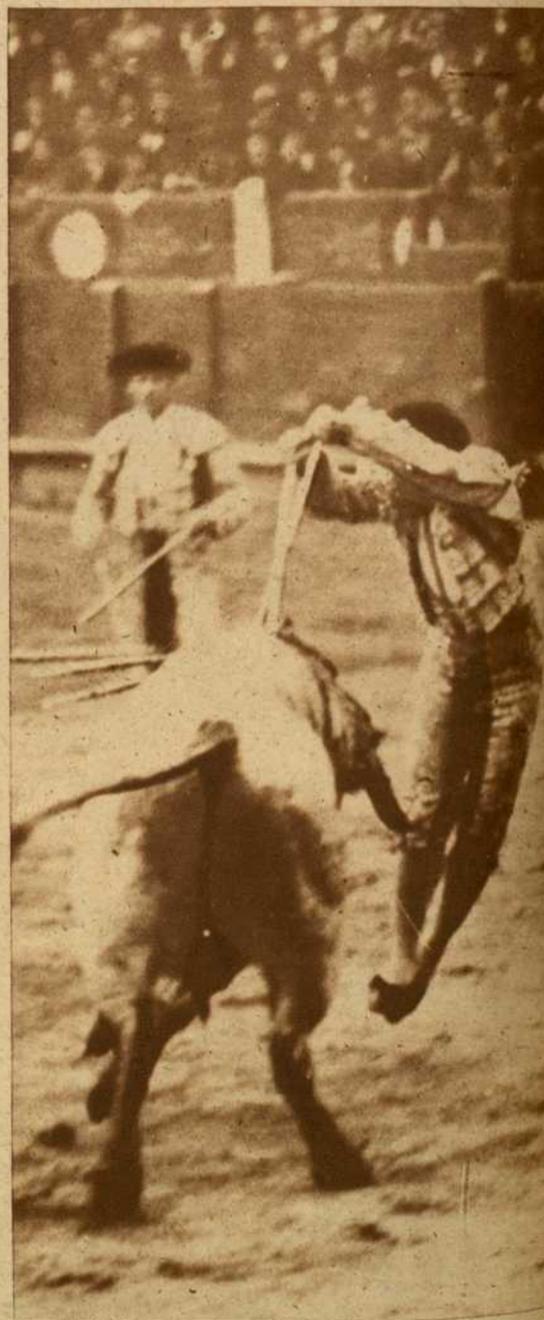
He aquí la seguridad, elegancia y limpieza de este par de banderillas, ejecutado por la mano maestra del mejicano Alberto Balderas, en el que no se sabe qué apreciar más: si lo preciso de su colocación o la soltura con que se mueve la figura



A raíz de la presentación en Madrid de Carlos Arruza, se habló mucho de la excepcional clase que como banderillero tiene el mejicano. No faltó quien dijo que Arruza era el mejor banderillero que ha pisado los

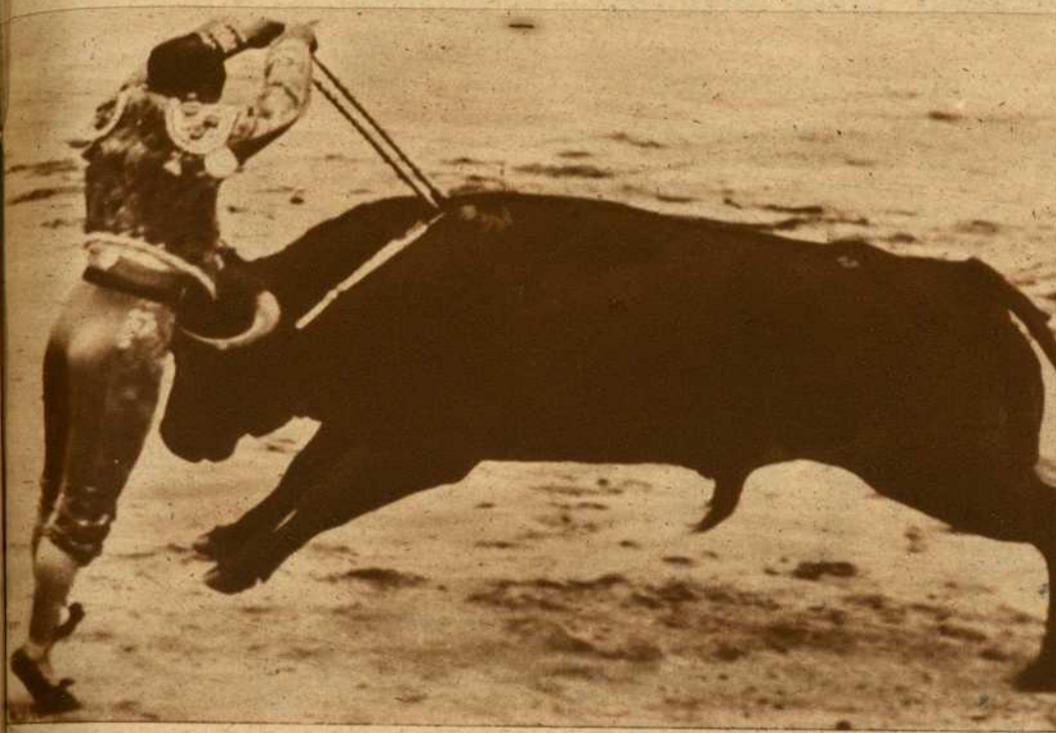
ruedos. No negaremos nosotros al mejicano méritos como rehiletero y hasta hemos de reconocer que su estilo es personalísimo y de enorme brillantez. Lo espectacular en la fiesta de toros tiene siempre gran número de adeptos y, sin duda, Arruza une a todas sus excelencias como banderillero esta condición que hace de sus pares de banderillas algo que, al parecer, nunca habíamos visto. Y esto no es cierto. Habíamos visto parecer tan bien a otros toreros españoles y mejicanos. Es posible que la mayoría de los lidiadores que han sido grandes figuras en el segundo tercio no dieran a la suerte la emoción que Arruza imprime a sus pares de banderillas; pero es indudable que hubo—y hay—lidiadores capacitados para competir con el mejicano en el segundo tercio.

Parece que hay algunos matadores de toros partidarios de la supresión del segundo tercio, so pretexto de que las banderillas no quebrantan el poder de las reses y en muchas ocasiones acentúan los resabios o los cream y, a veces, por su mala colocación son causa de dificultades que difícilmente pueden



Un par de Cuco de Cádiz, lleno de belleza, y en el que el notable peón carga la suerte, volcándose sobre el toro

Riesgo, emoción y belleza en el segundo tercio



La ajrosa gracia de este gran banderillero—hablamos de Pepe Bienvenida—está recogida fielmente en este par, en el que Pepote cuadra antela cabeza del bicho y coloca los palos muy juntos y muy en su sitio, dándole con guapeza la salida al astado



Otro par de Balderas, que da muestra del maravilloso arte y valentía del mejicano en la suerte de banderillas

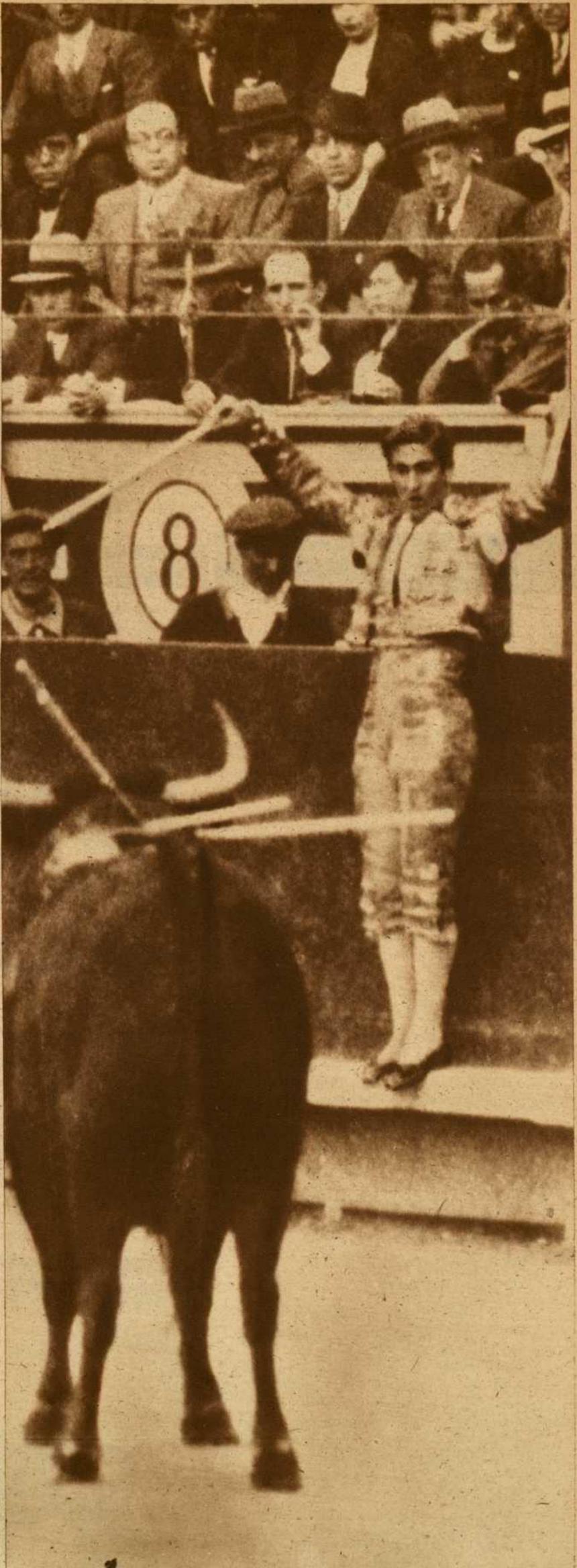
ser salvadas. Aunque esto fuera cierto, creemos que será raro el aficionado partidario de la supresión del segundo tercio.

Aquel que lleva muchos años acodado en la barrera o sentado en el tendido, ese que recuerda con delectación los antiguos abonos, no tendrá más que revolver en su memoria y surgirán nombres de rehileteros famosos que imprimían a esta suerte una gracia peculiar, haciendo vibrar al público, bien por su valentía, bien por la elegancia de su ejecución y hasta de su preparación—que esto no es cosa de dejarlo a un lado—. A este aficionado no creemos que le resulte agradable la suspensión del tercio; por aquello que vió y por la esperanza de volverlo a ver, aunque no sea más que de vez en cuando.

Para el aficionado reciente, para el que llega hoy a la plaza y no tuvo ante su retina a aquellos dominadores del tercio de garapullos, bastaría que viese las fotografías publicadas para que llegase al convencimiento de que en la suerte de banderillas hay riesgo, emoción y belleza, y que el tercio que reúne estas condiciones y tal



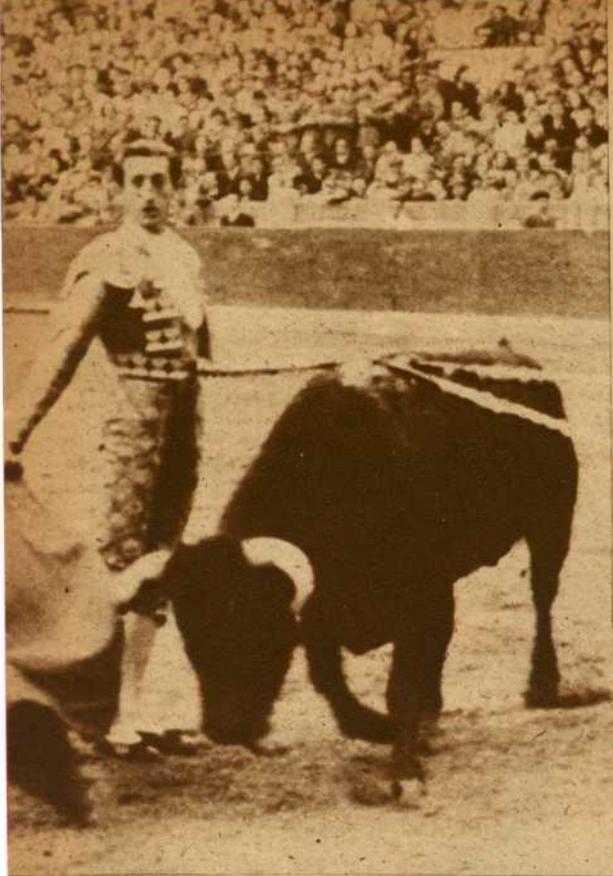
fuerza espectacular ha de mantenerse a toda costa y también mantendrá la esperanza de que los actuales matadores y los que estén para llegar le den el realce y la gracia que tuvo en otros tiempos.



El dominio que poseía Manolito Bienvenida del tercio de garapullos le incitaba a buscarse dificultades. Aquí le vemos citando a un toro cerrado en tablas, en el que parece imposible la salida del diestro (Fots, Baldomero.)

RECUERDO TAURINO DE LAS CORRIDAS DEL PILAR

Por EL CACHETERO



Manolete en un natural con la derecha, mirando al tendido



El diestro cordobés en un templado natural, en la cuarta de feria de Zaragoza



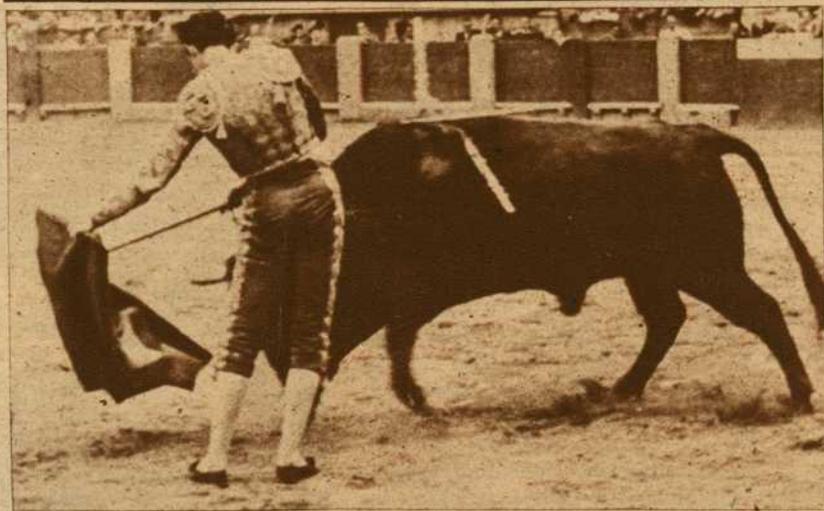
Ortega saluda desde el tercio, después de la faena a su segundo toro en la cuarta de feria. (Fotos Marín Chivite.)

CUANDO estas líneas se publiquen, ya se pueden casi contar por decena los días que las separan de esas únicas corridas de feria a las que asiste "El Cachetero", porque viene asistiendo a ellas desde que era niño y no sabía que alguna vez había de escribir de ellas en los papeles. Sí, amigos míos, ya saben ustedes que mi perpetua fidelidad a la Plaza de Madrid tiene esta condición suspensiva, la de estar en la de Zaragoza desde el día 13 hasta que aquello termina. No creo que nunca la afición de Madrid pueda contarme entre sus florones, pero si por raro azar fuera así, ya se sabe que habrá cinco días de asiento vacío, pase lo que pase. Y allí me tendrán, metiendo las manos a tiempo en las palmas de la jota del sexto toro. Que también uno tiene sus servidumbres, su paisanaje y su corazoncito.

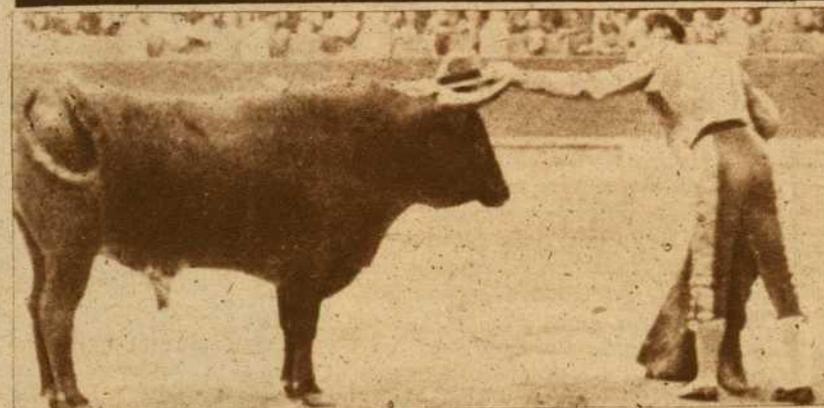
Hay que contar ahora, muy en resumen cómo vino y en qué paró aquello. Ya de vuelta, creo que la cosa, como resumen y símbolo, ha tenido un interés nada desdeñable. Aunque sólo fuera por lo que ha centrado, dejándolo en el aire frente al paréntesis de la invernada, el problema; la situación ante la fiesta de las dos figuras máximas de la torería, de Ortega y de Manolete. Por cómo ha dejado más en el aire la cuestión del torillo, que aquí sí que hay desorientación a estas alturas, y nadie sabe en qué estamos, si paramos, si volvemos o si nos despeñamos. Y aun hay más cosas y más figuras toreras en el Pilar que también tendrán sus líneas. Vamos a ellas, pues

ORTEGA-MANOLETE

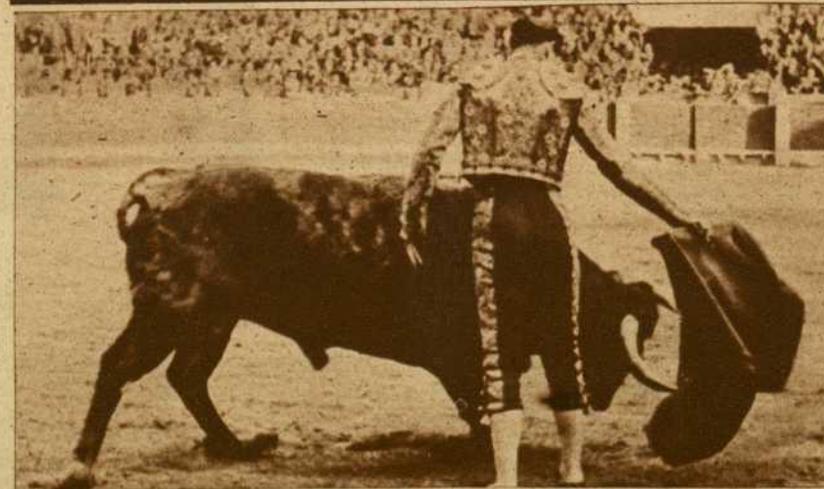
¡Ya fué bueno el que mi resumen pueda epigrafiarse así, tan en mano a mano! Las ferias del Pilar han sido eso sobre todo. Que cada cual tire por el camino que sea, y yo por el mío, que por ahora es el de alegrarme que la fiesta camine en dos pies. Los toros quieren novedad, relativa si se quiere, y por eso creo que no miento si supongo que ese público aluvional de las ferias de aquí y allí, y aun el público sedentario de Zaragoza, iba a ver sólo un nombre, que, por lo visto y oído, sintetizaba el año. Bien, y ha triunfado casi siempre solo, cuando estaba solo, pero no sólo, cuando allí anduvo Domingo Ortega, el maestro. Repito que cada cual puede seguir su camino, pero hasta aquí creo que estamos todos conformes. Y hasta creo que no reñiremos demasiado si se dice que Manolete no ha hallado un valladar, pero sí



Un ayudado por bajo con la izquierda de El Estudiante



Domingo Ortega se adorna colocando en la testuz el sombrero de un espectador

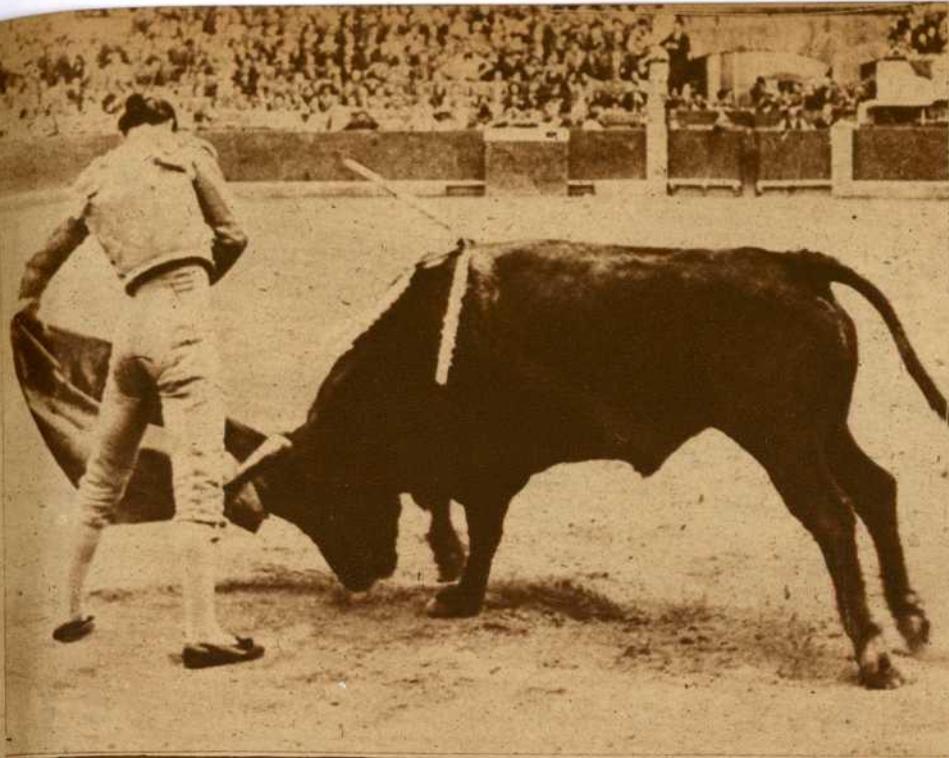


Un muletazo con la derecha de Ortega a su primer toro en la cuarta corrida

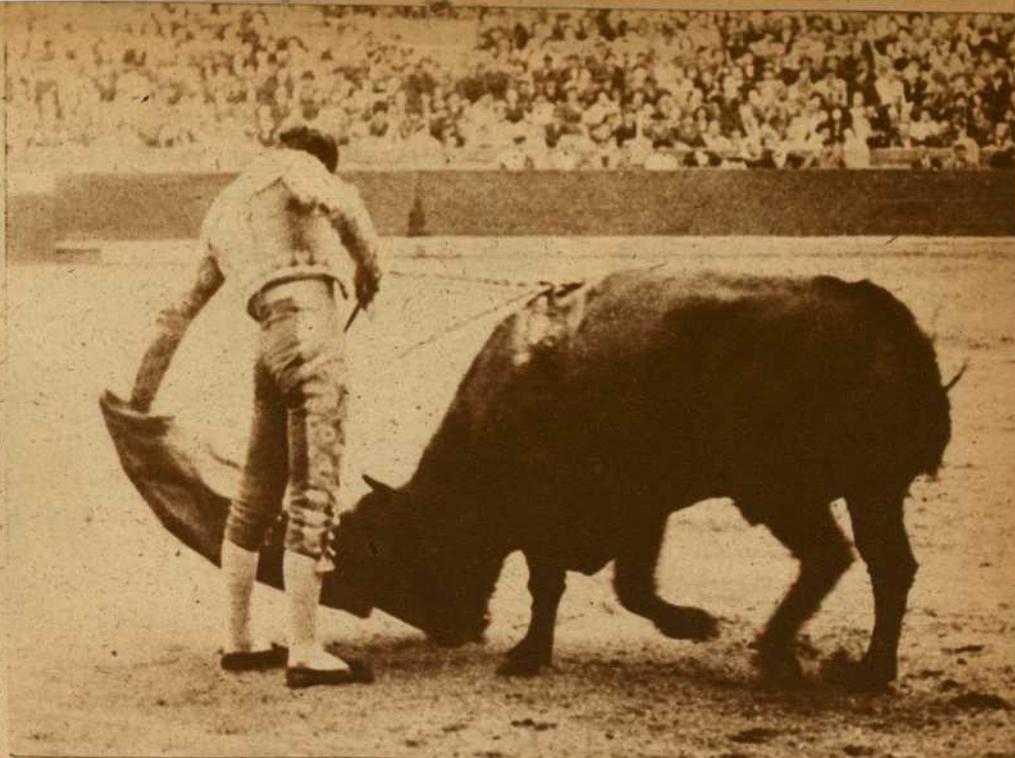
su mayor contradicción en la Plaza desde que torea. Una contradicción que no ha podido vencer, cara al público, aunque no se diese por vencido. Contradicción y, a veces, casi diríamos que contrariedad si atendemos, casi con adivinación, a alguna leve arruga, a algún frunce de ese su rostro inexpressivo.

Domingo Ortega lleva catorce años de maestría. Lo curioso de Ortega es que hay que tomarlo en bloque. Lo maravilloso de Ortega es que es, ha sido y será la contradicción de todo estilismo y de cualquier ismo que asome por las Plazas. Cuando los de luces andaban por el parón, él lidiaba. Cuando Lalanda y Barrera dominaban a trancos, él afirmaba los pies al lidiar. Cuando Manolo Bienvenida se desfloraba en alegrías, él daba sentido macizo al toro. Cuando Armillita se traía longitud y frialdad, él ponía en el toreo una emoción enteriza. A los catorce años de ser el centro del toro, el ismo de Manolete ha chochado con él, dejando a ese gran torero que es Manuel Rodríguez reducido a escala medida y figura humana, a Dios gracias, en la Plaza de Zaragoza.

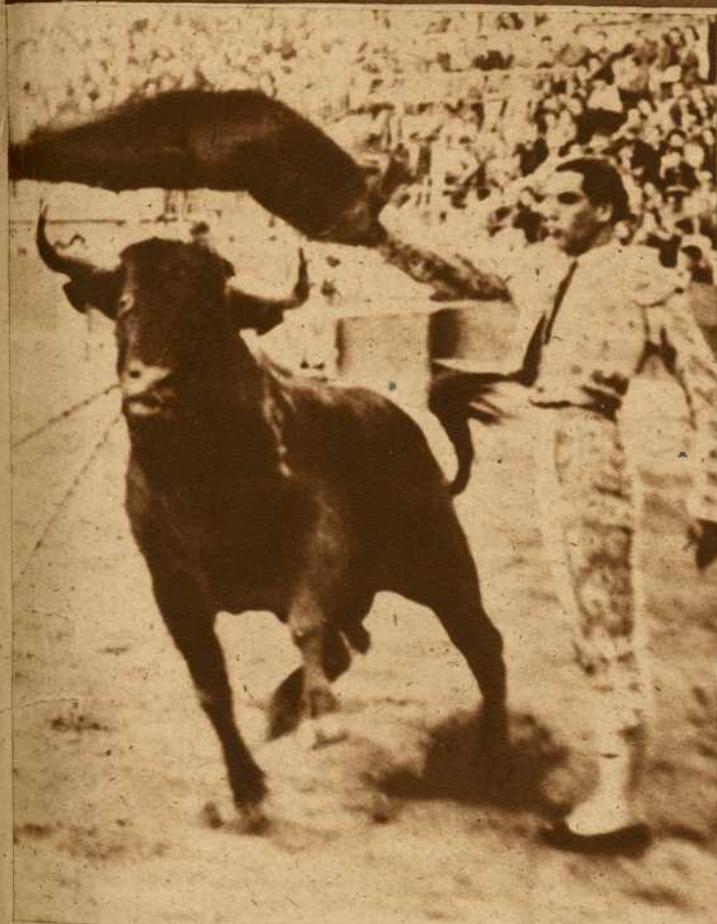
Ortega, o la llave de seguridad del toreo, figura de época del toreo, por lo que tiene de piedra maestra, de centro de gravedad, Ortega, el maestro, opera colocando su pecho ciclópeo al lado de la balanza que se marcha al cielo irremediabilmente. Exagerando, si ello cupiese, la contradicción, forzando a la visión binocular. Ahora, a los doce años de haber toreado un Miura memorablemente en la misma Plaza, ha desembocado en una lidia admirable, estilizada en mimos, sedas y precisiones. Yo no recuerdo nada mejor, ni más perfecto, ni acabado. Ni tampoco más inenarrable en una reseña. Allí no había el pase tal, ni el cual, sino una serie de movimientos de Ortega absolutamente ajustados al toro, al momento y a la ocasión. Allí sólo había un hilo dorado del que tiraba el maestro y al que seguía el toro, desde principio a fin de la fiesta. Allí estaba el maestro dando justa, inexorable, la nota perdida, olvidada del toreo. Después de ello, los grandes pases de Manolete, después que el toro se le fué por cuatro veces del natural, ya no fueron mito. Fueron nada más que grandes pases, enormes pases, logrados, insistidos con un valor y un orgullo



Un natural con la izquierda de El Estudiante



Manolete toreando al natural al segundo toro de la cuarta de feria



Un pase de pecho de Fermín Rivera en la quinta corrida

El maestro mejicano en una ceñida media verónica



Citega toreando por manoletinas a su segundo toro en la quinta de feria

tremendos. Pero la gran lidia, con pases, con medios pases, con brazos, con piernas, plena de suavidad y de maestría, estaba enfrente como una pirámide admirable, de la que muchos tornadizos se habían olvidado. Yo, no, la verdad.

LOS TOROS

—Bueno—dice un ista—. ¿Y a qué viene eso de la apoteosis de la lidia, si ahora los toros tienen poco que dominar?

—Pues viene que si tienen poco que dominar, me río yo del pasárselos por la faja, ni de torearlos mirando al tendido. Como yo creo que todo eso vale lo suyo, pues le digo que vale tanto, por lo menos, el llevarlos como un perro tras la pura maestría del medio pase, del cuarto de pase o del pase que vale por dieciséis, que de todo hay.

—Yo quisiera ver a éste haciendo tal o cual cosa.

—Y viceversa, amigo, y viceversa.

—Y con otros toros.

—Lo mismo digo.

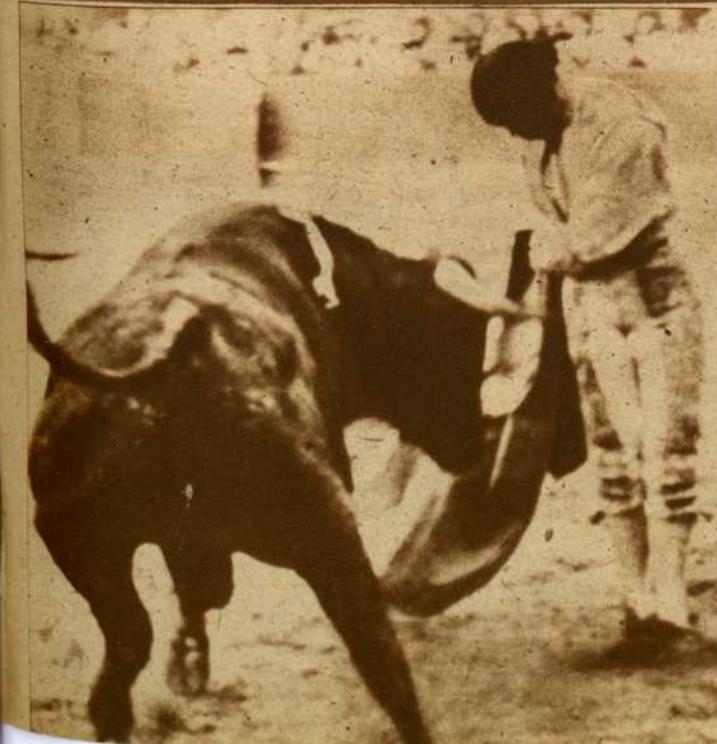
Porque eso sí, las corridas del Pilar han sido en esto, plenas de temporada, cuarenta y cuatro. Una corrida de Coquilla, con nervio, y una de Arranz, desigual de tipo y mansa. La buena y terciada de Atanasio Fernández, y las dos de la pugna, chi-

quitas—por encima o a pesar de heridas—y al chiproteada la de Antonio Pérez desde que la lidia maravillosa no tapó, incluso a esto, con un prodigio de suavidad y de milimetrar el esfuerzo.

LOS OTROS

Hubo—cosas del embarque—dos sucedáneos de lo que hubiera necesitado la feria para ser un espejo de fin de temporada. El "ersatz" de toreo alegre y el del temperamento que traen los mejicanos. Pepín Martín Vázquez estuvo muy chico, muy jadeante del salto de la novillería. Aun se defendió con los de Atanasio, con algún donaire, una voltereta y su cara de chíquillo. Pero con la de Arranz fué a la deriva por completo. Fermín Rivera dió un tono breve y la mejor nota de su final a un toro sobrero, manso, fogueado, lidiado con coraje inolvidable. Una oreja a cada uno. De los viejos conocidos, El Estudiante defendió, con orejas y ovaciones, su puesto—gran puesto suyo el de Zaragoza—con el valor y voluntad características. Y de flojo a mal, como para ser el mayor cosechero de silbidos, Pepe Bienvenida, en plena liquitación de temporada. El día de los Arranz, Pepote, el largo, navegó como un mal novillero, sin valor y ni mucho menos con largueza.

Y ahora, la jota final, ¡pam, pam, pam, pam! Buena feria la de Zaragoza.





Rafael el Gallo y Juan Belmonte, en el festival celebrado hace unos días en Valencia.—Abajo: Varias notas del mismo festival



LOS CUARENTA Y CINCO AÑOS DE VIDA TORERA DE RAFAEL EL GALLO

Aquella rivalidad con Ricardo Bombita...

—¿Cómo se explica usted, pues, que se estableciera aquella rivalidad?
—La gente. No contaron con nosotros, que éramos los interesados...
No estábamos solos, aunque solos habíamos empezado la conversación. Cuatro o cinco personas habían acudido a nuestra mesa, con su voz y su voto. El debate se hizo público y en tanto, Rafael se abismó en no sé qué meditaciones, desinteresándose de las palabras, por más que él fuera el protagonista. A veces, con un monosílabo, salía de su abstracción, se hacía repetir la pregunta y asentía o donogaba, con un aire desmayado, con una mirada ausente, con una impresión de estar muy lejos, muy lejos, con el pensamiento.

Yo apenas hablaba tampoco porque aquellos señores se habían apoderado del tema y hubiera sido casi inútil intervenir. Pero oía y oía...
—Lo que le pasaba a Bombita es que sabía administrarse—decía uno.
—Eso sí. Era muy simpático. Al que hablaba una vez con él, se lo ganaba para siempre. Rafael, como es tan especial...
Resulta que Rafael no se preocupaba de sus admiradores. No hacía nada por ganarse simpatías o antipatías. Había muchos «gallistas», pero nadie puede decir que El Gallo fomentara el «gallismo».

—La competencia verdad—dijo un señor que era ganadero antiguo—fue entre Joselito y Bombita. ¡Esa sí que fué competencia! Miren ustedes. La lucha entre «gallistas» y «bombistas» empezó cuando Ricardo se colocó en el primer puesto de la torería andante y circulante; pero no llegó al encono sino cuando José salió a los ruedos. Emilio, el Bombita, era «gallista». ¡Y eso que era hermano de Ricardo! «Gallistas», se entiende, de El Gallo, que es el «gallismo» auténtico.

Este ganadero nos explicó cómo el «gallismo» había que distinguirlo del «joselitismo», que es otra cosa mucho más amplia. El «gallismo» era minoría, selección, intranquilidad y fanatismo. Por el parentesco fraternal se extendió el término a los partidarios de Joselito; pero hay que aclarar que los incondicionales de El Gallo nunca han admitido otro pináculo. ¡Ni Joselito! De modo que hay un «gallismo», reducido, pero insobornable, de Rafael, y un «gallismo» que, como dijo el ganadero, no se puede llamar propiamente «gallismo», sino «joselitismo». No obstante, en el «gallismo» se confundieron todos—los de Rafael y los de José—y quizá sea ya un poco tarde para arreglarlo.

El hecho es que Joselito tenía diez años cuando más interesados estaban los públicos en la pugna por ellos creada entre Rafael y Ricardo. Diez años que soñaban con plazas y ovaciones. Diez años que devoraban las reseñas de aquellos populares críticos que halaban y que implantaron toda una fraseología taurina en los que los buenos toros eran un pedazo de mazapán, un scachito de dulces, y—perdonémoslos—una hermana de la caridad...

Diez años tenía José y cuando leía que Rafael había perdido la batalla artística ante Ricardo, aseguran que decía:
—Ese, cuando yo sea mayor, me las tiene que pagar...

Y Joselito creció y nadie pudo disuadirle de su sed de venganza. Si hemos de hacer caso a lo que escuchamos en Sevilla, Joselito se propuso acabar con Bombita y con Rodolfo Gaona.

Al primero por lo que él suponía que le había hecho a su hermano. Al segundo, porque era un indio malo. ¡Vayan ustedes a saber lo que hay de cierto! No falta quien dice que es verdad que Joselito retiró a Bombita. Pero es lo más probable que a Bombita le retiraran los públicos; esos públicos que estaban ya un tanto hastiados de verle quedar siempre bien. Y puede ser. Después de todo, ¿no ha pasado siempre lo mismo con todas las figuras cumbres? ¿No sucedió con Guerrita? ¿No ocurrió con el propio Joselito? ¿Y no estamos asistiendo hoy a un principio de ofensiva contra un torero que nunca fracasa, y que, por eso mismo, cansa en un sector, irrita y hay quienes le niegan—como antes a Joselito, como antes a Bombita, como antes a Guerrita—el pan y la sal?

Bombita decidió irse de los ruedos y la tarde de su despedida en Madrid alternó con José. Los espectadores de entonces, menos preocupados por las dificultades de la vida y por los conflictos actuales que los de ahora, tenían un amplio margen en su corazón para las expansiones ingenuas y tiernas. Debajo de sus bongos aun había un poco de fácil poesía. Por eso, la despedida de Bombita quisieron solemnizarla sus entusiastas con una suelta de palomas en la Plaza y a ella fueron muchos espectadores con su blanca paloma correspondiente, para soltarla cuando Ricardo Torres fuera a matar su último toro. Pero Joselito se enteró de lo de las palomas y se empeñó en que la mitad iban a ser para él. Se empeñó... y lo consiguió, porque en su primer toro hizo tal faena que muchos espectadores, subyugados por su arte dieron libertad anticipada a las famosas palomas que estaban reservadas para Ricardo...

Es decir, que la verdadera rivalidad estuvo entre Joselito y Ricardo. El público jamás quiso darse cuenta y se empeñó en emparejar a El Gallo y Vicente Pastor contra Bombita y Machaquito, como se empeñó en enfrentar a Joselito y Belmonte. No caviló en que El Gallo no pudo jamás pelear con Bombita, entre otras cosas porque El Gallo nunca aceptó la pelea con nadie: ni con el público, ni con los toros, ni con Bombita, que iba siempre que tenía ocasión a la Cervecería Inglesa, donde había una peña exclusivamente de «gallistas». En este aspecto, Rafael ha sido único, como en todo, y sus partidarios únicos también, hasta el punto de no dejar paso ni al propio José. José también era «gallista». Decía de su hermano que, cuando le soplabla la vena era un caso incomparable. Y yo creo que, a pesar de que hablo por referencias. ¿Cómo no creerlo cuando el propio Emilio Torres, el primer Bombita, hizo confesión de «gallismo», según nos ha contado Enrique Vila, el inteligente periodista sevillano, tan entendido en estas cosas de toros y toreros. Pues a Enrique Vila le dijo el Bombita nada más que esto:

—Yo era «gallista», como lo éramos todos los toreros el día que Rafael armaba uno de aquellos alborotos que nadie lograba superar. Entonces no había nadie que no fuera «gallista». Le echaba tanto salero, tanta gracia y tanto arte al toro, que a mi mismo me parecía que no era el mismo Rafael. Porque El Gallo no tiene buena figura de torero; tiene los brazos cortos... Pues cambiaba por completo. Entonces deploraba yo muy sinceramente que muchos sevillanos se hubieran propuesto distanciar a Rafael de nosotros.

Porque fué en Sevilla donde se libró principalmente la batalla entre «gallistas» y «bombis-

tas», que tuvo ecos amortiguados en otras ciudades. Y el propio Ricardo, su supuesto rival, llegó a afirmar que cuando Rafael decía: «¡allá voy!», todo el mundo era «gallista» y él el primero. ¿Y el Guerra? ¿Saben ustedes lo que decía el Guerra? Pues decía que Joselito era muy grande, pero que cuando Rafael quería, aún era más grande. Y eso que el Guerra, para los elogios, era... el Guerra.

Quedamos en que no hubo lucha entre El Gallo y Bombita. No podía haberla. La gente la inventó. Los periódicos la recogieron. Todo, fantasía. Todo, literatura. En el mundo de Rafael no cabía esto. Bombita, que tenía que situarse y que, ya situado, necesitaba mantenerse, ofrecía pelea a todo y a todos. Pelea noble en la pista imparcial de los ruedos. Pelea que ni ganó ni perdió, en lo tocante a Rafael, porque Rafael, olímpico y faraónico, nunca se dió por aludido.

En el ruedo, a lo suyo.
En la calle, la mano.
Rafael.

Punto y aparte.

RAFAEL MARTINEZ GANDIA

XX

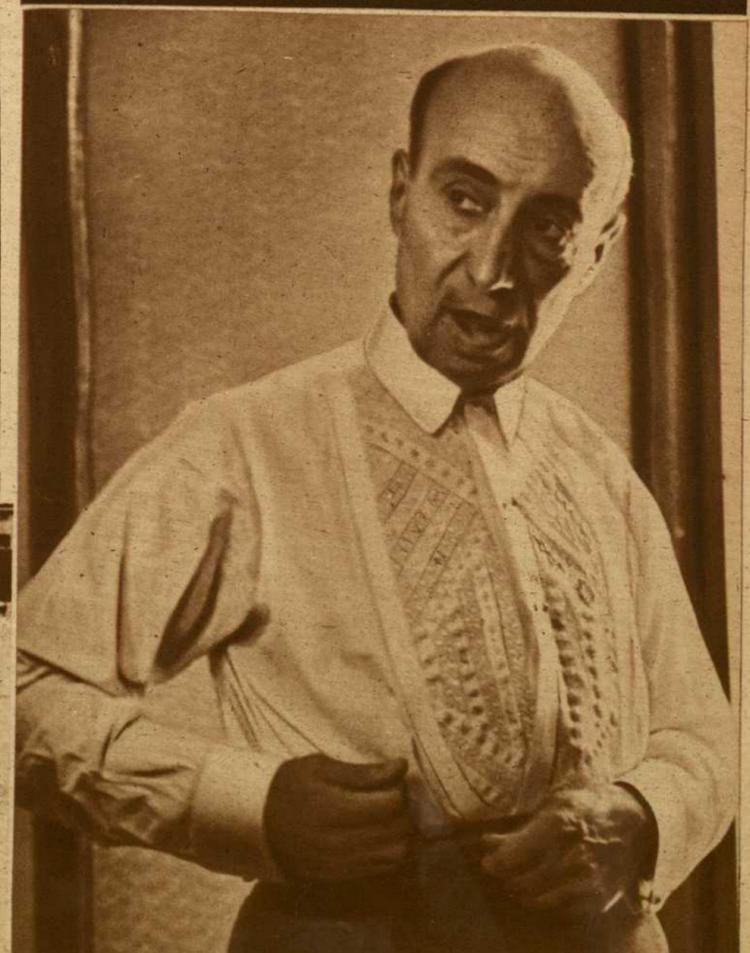
USTED era rival de Bombita, Rafael?

Entornó los ojos y se me quedó mirando de un modo interrogante, como si no acertara a comprender la intención de mi pregunta. Luego, dijo:

- ¿Decía usted?
- Decía que la competencia entre Ricardo Torres y usted...
- Las competencias siempre son cosas que inventan los públicos. El calor de la fiesta. Yo, voluntariamente, no he tenido competencias ni rivalidades con nadie. En la plaza, Bombita y yo íbamos por el mayor número de palmas, que es a lo que iba con Bombita o con el que sea.
- Pero Bombita y usted...
- ¿Qué?
- ¿No eran enemigos... en el terreno artístico?
- No, señor. Ni en el artístico, ni en el otro. Al contrario, éramos muy amigos.
- Entonces, esas luchas de que hablan las crónicas...
- Fantasías. Cosas de los aficionados. Yo he estado siempre al margen de todas las competencias.

Y Rafael define así su modo de ser. No podía admitir competencias porque él iba a lo suyo, a su fracaso o a su triunfo, sin preocuparse de lo demás y de los demás. ¡Que estaba mejor que los otros! ¡Buena! ¡Que estaba peor! ¡Buena, también! Pero nada de llos.

¿Fue Bombita un torero genial? Rafael opina que no, pero era el que más imitaba a Guerrita. ¡Y Guerrita sí que era genial!



El Gallo dando los últimos toques a su clásica camisilla de torero.—Arriba: Rafael visto en Gelves, el pueblo sevillano donde nació Joselito

AL PASO DE UNAS DECLARACIONES

LA CASTA, EL PODER, EL INSTINTO Y LA NOBLEZA...

Por JOSE CARLOS DE LUNA



DIEZ fotografías del rostro de don Alipio Pérez Tabernero enmarcan y decoran sus declaraciones como criador de reses de lidia, dándoles prestancia y avalando su enjundia, porque don Alipio, además de su antigua y respetable ejecutoria de ganadero, gasta patillas como las gastó el duque Adalid y el de Veragua, Surga, Miura y no recuerdo de más en el gremio; pero quizá sea este señor del campo de Salamanca el único que ya las peina, sin que nosotros compartamos la opinión de que ellas signifiquen todo lo que al

compañero Ródenas se le ocurre atribuirle. Nos basta el respeto que merecen los apellidos Pérez Tabernero y el bonísimo concepto que tenemos de la competencia de don Alipio, agricultor y ganadero en Matilla de los Caños, que sabe perfectamente lo que es un toro bravo y lo que es un conejo, aunque sus declaraciones no se acomoden totalmente a la responsabilidad que contrae con el público que las lee, y que ni por un momento las suponemos hechas con mala fe. Si don Alipio la tuviera, con embozarse en el recogimiento de sus cortijos y de sus tertulias no tenía por qué ni para qué dejarse interrogar para la publicidad en dos páginas de esta revista taurina, que las abre para todos y para todo lo que en la afición se acomode.

Si, como creemos firmemente, habla con sinceridad el ganadero salmantino, hay que suponerlo desconcertado ante la rima que exige su tradición y las actuales teorías. A fuerza de ceder y conceder, encontró sus argumentos; porque el señor Pérez Tabernero, ni mejor ni peor ganadero que tantos otros, pecha con la responsabilidad de unas declaraciones demasiado concretas para que pasen sin curiosos.

La escasez de pastos no es causa de la debilidad de los toros bravos criados siempre a mesa y mantel, salvo por los que se empeñan en tenerlos y mantenerlos sobre yerros y barbechos blancos escatimándoles el pienso. Pocas corridas venden éstos, y aquéllos se lidian lo bastante tapados de carnes para que la debilidad, por hambre, no se acuse tan manifestamente. Más bien obedece a un convenio apoltronamiento para que el poder no aflore en los cerrados como antes, cuando se trabajaban las carnes y se mimaba el nervio.

¿Que al torero no le importa el tamaño del toro? Desde luego, le importan más los años y la cabeza; pero convengamos que a uteros con la yerba comida, cuatroños ya si queréis, no le caben en ganado de casta los kilos que a un pajuno de la misma edad. Basta, pues, que el torero no quiera toros para que implícitamente exija ganado chico.

Si esos tres años a los que alude don Alipio como precisos para rectificar son de expiación y enmienda, que en las dehesas dejen de funcionar los convencionalismos—¡los laboratorios!—y que se encomiende a la Naturaleza, a las habas y a las tientas la crianza del ganado y el buen nombre de las divisas. Aludir a que el toro chico también da cornadas es un argumentillo que no cuadra al serio empaque del buen ganadero salmantino. Precisamente en la espectacularidad y en el aparato del toro de antes estribaba la emoción de las faenas, que si no eran preciosistas—porque no podían serlo—, también admitían, una vez ganada la pelea, adornos y arrequives en los que el valor y la afición servían a las órdenes del arte. El señor Pérez Tabernero sabe perfectamente que esto fué así, porque me figuro que aplaudió a Bombita, a Rafael e. Gallo, a Bienvenida, a Gaona, a Granero, a Joselito, a Belmonte... y no sabemos si alcanzó al Guerra, a Fuentes, a Montes...

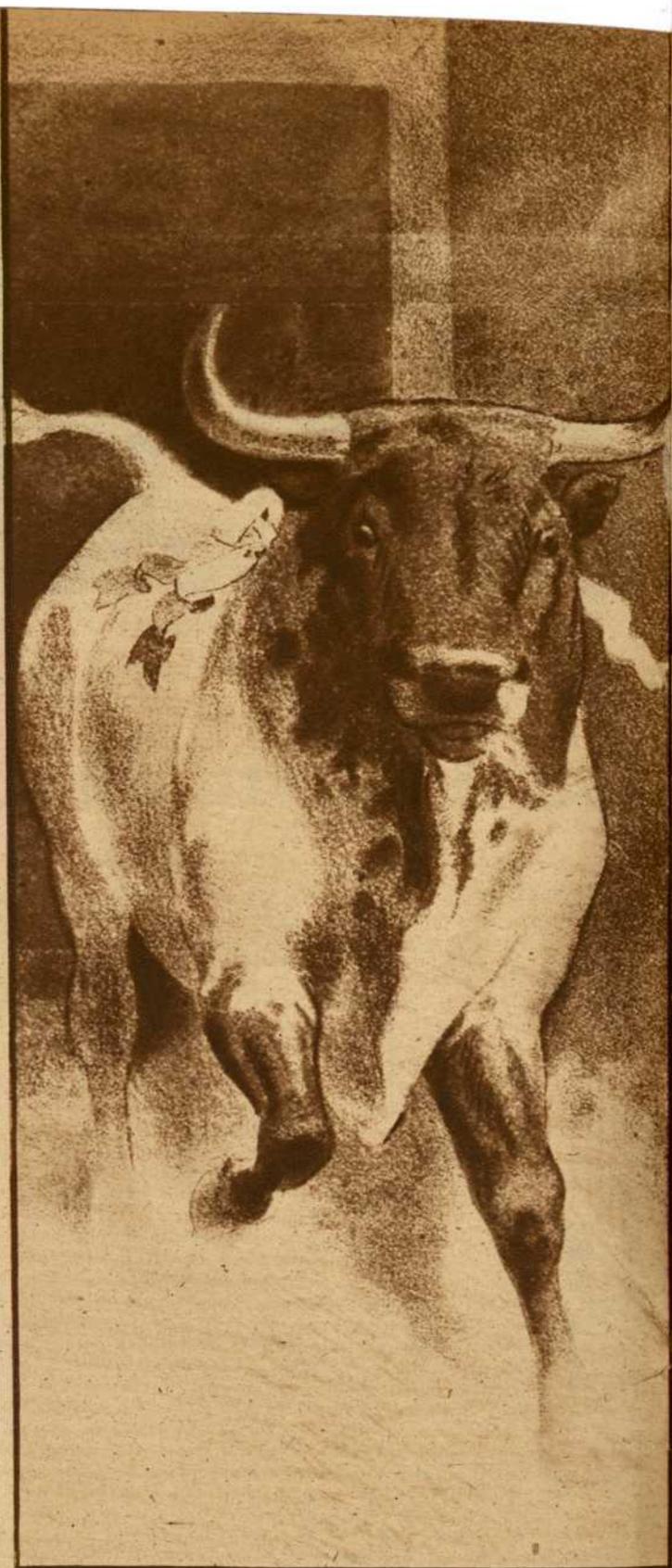
Dice que los toros de hoy tienen más casta. ¿Más casta?... ¿Qué entiende usted por casta? ¿Acaso eran cuneros los Saltillos, los Santa Coloma, los Parladé, los Murubes, los Martínez... los de ustedes mismos? Diga que son más simplistas en sus instintos; que la acometividad está mejor equilibrada con la escasez de facultades; que en su alegría becerril, más topan que embisten; que desorbitados y anhelantes, sonámbulos de espanto y de angustia, se embeben en la muleta hasta hacer posible esas series interminables de naturales, en los que la nobleza invade el terreno de la fiñez. Un toro bravo sin sentido de su bravura y sin instinto para acometer y defenderse deja de ser animal feroz y se convierte en *cosa*. Le seguimos manteniendo el calificativo un poco por no perder la costumbre, tocada de ironía si calamos en el análisis a vista de los efectos. También podríamos llamar feroz y bravo al tren que atropella y mata al que por descuido, impertinencia, ceguera o voluntad suicida, se deja arrollar por el impulso mecánico que rige su acción. Y así también es bravo y feroz el «topolino», el carrillo de las gaseosas y la patineta.

Estamos conformes con el buen ganadero en eso de la finura, a cuenta y resultas de la desesperada selección tras el ejemplar de poca cabeza, que necesariamente tiene que ser terciado y endeble de esqueleto. Si el toro bravo de antes no daba en la canal sino el cincuenta y cinco por ciento, y el de ahora un sesenta y dos—aunque tal cifra la juzgamos exagerada—, ¡figúrense el sebo que suma y los desperdicios que restan! Y en el sebo no está el poder, sino en el nervio y en esa cabecita de chivo, de estrecha gorja y plátanos por pitones, y en esos tercios que se cortan y no cuentan en romana porque parecen de corzo o de rebecho. En cuanto a la piel, ya sabemos que es más fina cuanto más joven sea el animal, y lo mismo ocurre con la papada. En cuanto al espesor de la cola, siempre hubo reses que se distinguieron por su finura, sin que el par de libras que puedan diferenciarlas influyan en la calificación del peso en canal.

El hecho de que no aguarden al toro en su salto al ruedo los picadores de tanta, algo influye en su poder virgen para acometer a los caballos; pero no creemos que treinta o cuarenta cepatazos den al traste con él hasta caerlo en el segundo embroque, cuando no al primero mismo!

Al llegar aquí estamos de acuerdo con don Alipio en los tres factores esenciales que influyen en la fortaleza del animal: «el peto, la puya y la manera de picar»; aunque convendrá con nosotros en que si a lo que ahora se pica—¡y se destroza!—le corriera la sangre del caballo por la testuz hasta llegarle a los morros, el síncope sería la iniciación del quite a rematar en brazos de las asistencias y con éter sulfúrico. Pero su razonamiento, señor Pérez Tabernero, es justo y contundente: por fas o nefas, confiesa que el torero «llega agotado al último tercio». Ligue usted su faena de razonador a la consecuencia de que ahora se puede hacer con la muleta lo que antes vedaba un peligro que no lo remataba sino el puntillazo. El torero «que llega a realizar tres faenas de muleta al mismo toro» cuenta de antemano con la impunidad escudándose en aquella bravura y nobleza de que hablábamos antes, y que ustedes, los ganaderos, le sirven en bandeja de plata. ¿Que no? Usted mismo nos descubre sus dotes de buen aficionado contestando a una pregunta en el reportaje: «... que en el toreo moderno, y con estos toros (¡y con estos toros!), es precisamente el toro el que gira y se mueve alrededor del torero, mientras que antiguamente era el torero el que andaba alrededor del toro».

En fin, señor Pérez Ta-



“La salida del toril”, reproducción del dibujo de “La Lidia” de Perea

bernero, acepte usted mi entusiasmo con la misma bondad que acogió el de mi compañero Ródenas. Que llueva en el campo de Salamanca y en toda España para que abunde el pasto y se inicien las sementeras con buen tempero; que si la llave del agua de los cielos no está en nuestras manos, la que abre las puertas de las dehesas a toros con cabeza, pellejo, patas papada, cola... y todas esas cosas que parecen abominables, ya tienen ustedes los ganaderos de reses bravas—hoy le lidia—, a quienes la afición agradecerá menos finura y más presencia; menos casta y más poder; menos nobleza y más instinto; menos pastueñez y más alegría; que así se crecerán ante las dificultades estos toreros tan buenos de ahora, que seguramente son los primeros en deplorar la monotonía plúmbea y decorativa en que desenvuelven sus personalidades.



Por "manoletinas"

¡Desconfiad de las imitaciones!

Por DON INDALECIO



Te aseguro, lector, que no voy a hablarte de las excelencias de un específico, y que el título de este artículo, crónica o lo que sea, no trata de precaver contra posibles adulteraciones de mercantilizados falsificadores. Voy a ocuparme de los imitadores de las grandes figuras. Más concretamente, en el momento actual: de los imitadores de Manolete.

Yo, que todavía no soy viejo: que todavía mis brazos o mis piernas no acusan los cambios de tiempo, y que todavía los espectáculos de revista no los presencio desde una butaca de la fila cero, no soy, por otra parte, un jovencito aficionado de ayer por la mañana, que sólo haya conocido por referencias el dominio valeroso de Ricardo, Bombita; el arrojo de Machaquito y hasta—ya en el otoño de su carrera—la suprema elegancia del diestro de «La Coronela» como así era denominado Antonio Fuentes. En tal momento de la historia tau-

rina vine yo al mundo como aficionado. Más tarde, casi en plena sazón, asistí al nacimiento para el arte de José y de Juan; tomé parte activa en las discusiones apasionadas y vivísimas de los años de competencia, y me decidí, como era inevitable, por uno de los bandos.

Durante esa pelea noble e inolvidable de Juan y de José, sin vetos que dijeran con éste quiero y con éste no quiero, pude observar cómo todos los novilleritos y novilleretes que salían en busca de nombradía durante las temporadas en las que «la afición» llevaba en su retina los moldes nuevos del arte de torear del trianero, ponían decidido empeño en llegar a los públicos, como mejor vehículo para elevarse a la gloria, copiando lo adjetivo en la manera de lidiar de Juan. Los aspirantes a «fenómenos»—el «Fenómeno» por antonomasia en la Historia del Toreo será siempre Juan Belmonte, aunque también a Maoliyo el Espartero se lo llamaron—creían que la causa del triunfo extraordinario de Belmonte consistía únicamente en meter la barbilla en el sobaco al veroniquear, o en salir a muletear arrastrando una pierna, como si se le hubiera dormido y quisiera despertarla.

En lo demás, claro está, el modelo se les desvanecía; y, al desvanecerse el modelo, el triunfo, la popularidad, la nombradía, el oro ansiado, se les evaporaba también.

Hoy, casi no había que decirlo, el modelo que les enajena es Manolo el de Córdoba.

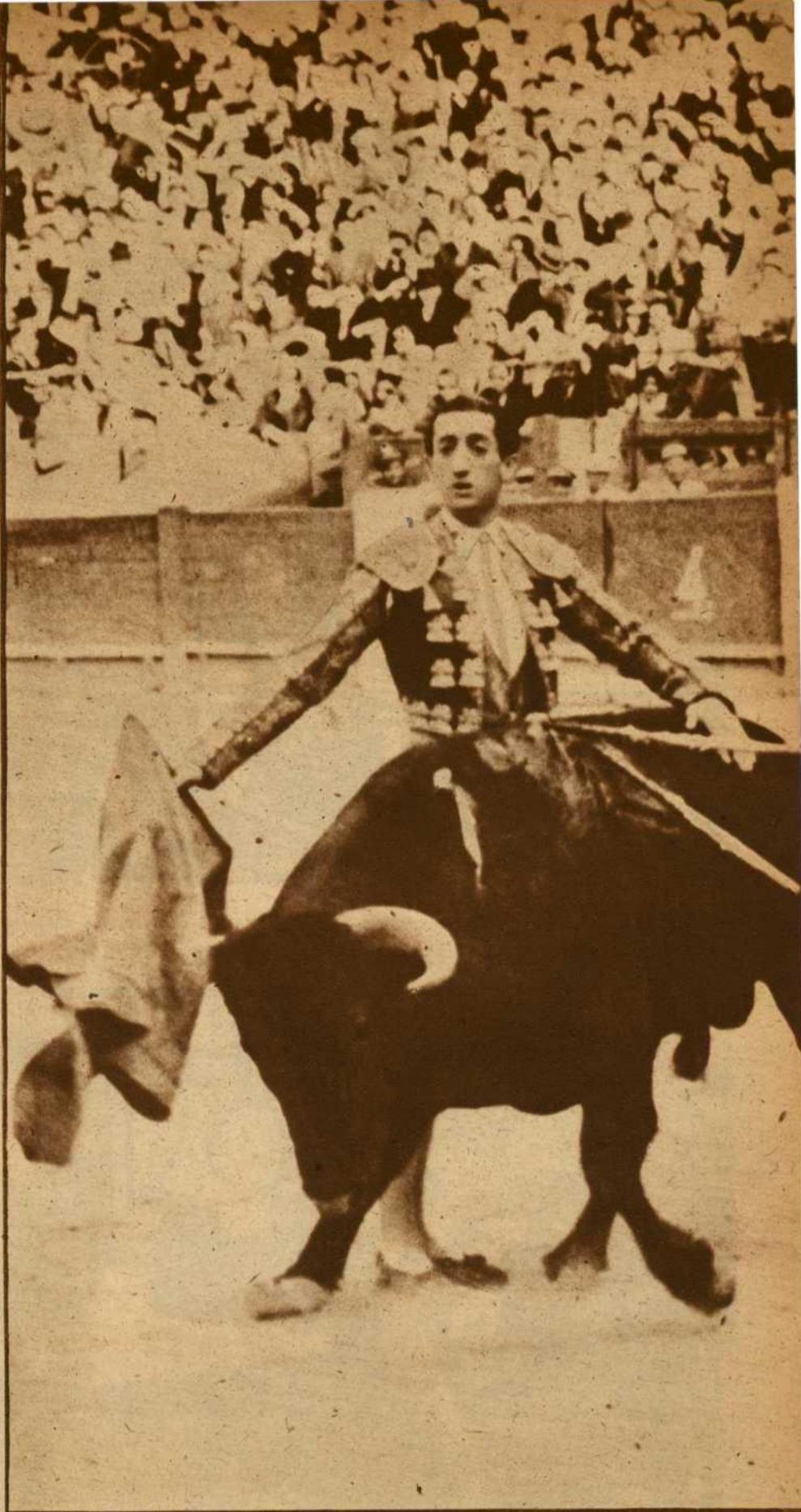
Y también le imitan. ¿En qué le imitan? ¿En el terreno en que se coloca para torear? ¿En el aguante extraordinario? ¿En los naturales zurdos? ¿En la frialdad de mano de barbero con que ejecuta sus faenas? ¡Frio... frío...! ¡No es por ahí!

Le imitan, como imitaron a Belmonte hace treinta años, en lo accidental; en lo adjetivo, en lo que cae por fuera, en los adornos.

Hoy los novilleros que sueñan con poder elevarse antes de dos años un palacio propio en su barrio de la Merced, andan a pasitos cortos, muy parecidos a los de los muñecos de cuerda, hasta ponerse al hilo del novillo, a dos dedos de sus pitones; y en sus faenas, tras unos cuantos naturales de una u otra mano, sin aguante ni mando—que hasta ahí no llegan las imitaciones—, no faltan nunca los pases de la «sobaquina», o los del «refresco», llevando la muleta de un ojo al otro en un abaniqueo insustancial. Así como, les resulta imprescindible el pase de mirar al público; pase que, con todos los respetos para los que lo consideran algo genial, tiene un origen llapiseresco, y demuestra que el uso y abuso de las gafas coloreadas entre los toreros les estropea la vista y da como resultado que nunca se enteran del enemigo que les pasa por al lado: si es un novillo, porque se confían y no lo miran, y si es un toro, porque no lo quieren ni ver.

En no recuerdo qué obra u ocasión, tiene dicho don Jacinto Benavente que «bienaventurados nuestros imitadores, porque de ellos serán todos nuestros defectos». A Manolete, para su tranquilidad, en el supuesto de que, dada su sangre fría, pudiera perderla, le brindamos la cita para que pueda bendecir a ese montón de imitadores que le ha salido, incluso con el «placet» de sus partidarios más intransigentes, en su afán quizá de que la semilla no se pierda. ¿Me permitis una petulante cuan manoseada erudición? ¿Me permitis que traiga a las columnas de un semanario de toros aquello del «risum teneatis» del parto de los montes? Pues, como ya está escrito, y la carcajada con salvoconducto para salir, autorizadme para mi tja, ja, ja—con mayor razón, puesto que no estoy incorporado al manoleteísmo rabioso—y soltar la risa cuando me digan que han salido tantos y cuantos novilleros que torear «como Manolete», sin más justa razón de que en sus faenas se «shinchan» de dar «sobaquinas», o porque miran al público con ojo y medio—el otro medio les sirve de «traballo» para mirar al novillito, «por si las moscas»—. «¿Risum teneatis», he dicho antes? Pues sí, risum teneatis, amicus manoleteístas.

¡Desconfiad de los imitadores! En el toreo, para llegar a lo más alto y dejar rastro, hace falta tener eso que se llama personalidad. Algo inasequible para los imitadores. Estos pueden imitar a



Belmonte en lo de meter la nuez debajo de la axila; y a Ortega en lo de dar un puntapié en el hocico del enemigo quedado que no se arranque por las buenas; y a Pepe Luis, igualmente, en la carrerita provocadora de arrancadas.

Si con tan poca cosa se contentan los que aspiran a ganar dinero con los toros, por mí que no quede.

Siquiera que no les falte el aviso, mejor dicho, la advertencia—eso de «avisos», en materia taurina, es cosa apremiante—de que ni aun las imitaciones de cosas accidentales resultan como las del original. Y así, yo he visto en algún novillero la imitación de la carrerita de Pepe Luis transformada en desenfundada carrerita, semejante a la del viajero que ve aparecer un «0,15» cuando le faltan unos metros para llegar a la parada.

«Naturalidad, muchacho, que toda afectación es mala», se dice en el libro del manco inmortal. Personalidad, chicos, les aconsejo yo a los novilleros que suponen que a los altos puestos de la torería se llega por el camino de la imitación.

Se cuenta de un nuevo rico que, al servirse de una fuente de langosta en un banquete caro, se puso colmado el plato de unas virutas de colores que adornaban el guiso. Su compañero de mesa, «más puesto» en tales actos, le advirtió:

—No se ha servido usted nada de langosta. No se ha puesto usted más que virutas.

—¡Ya lo sé!—replicó amostazado y para no dar su brazo a torcer ni confesar la plancha—. ¿Se cree usted que no he comido virutas nunca?

Moraleja: los novilleros imitadores siempre se ponen en el plato de su imitación las virutas del adorno. Y lo interesante, para ser figura grande, es poseer el grano de la inspiración, base de la personalidad. Todo lo demás de las imitaciones es paja. ¡Que algunos me dirán que ellos hacen lo que quieren y que la paja les gusta!

En tal caso, sólo cabe decir que de provecho les sirva.



EL TIO Y EL SOBRINO

De **RAFAEL**
el viejo
a **RAFAELITO**
el joven

La "voz de la experiencia" se oye en Sevilla

"Antes de embarcar, escúchame unos consejos", le dice Rafael el viejo a su sobrino Rafaelito el joven



Los dos Gallitos, El matador de toros y el novillero, en un grupo familiar, en el que aparece la madre y la hermana de los dos toreros y "la voz de la experiencia", representada por el "divino calvo"



La risa del torero
antes de ponerse
serio en la Plaza



GALLITO también v

Un nombre más—un nombre que tiene en la torería española resonancias de auténtica gloria—se ha unido, a última hora, a la embajada taurina que marcha a Méjico como prenda de paz y de amistad. Ese nombre, que venía desde hace días barajándose en las tertulias, es el de Rafael Ortega Gómez, Gallito VI, según la más autorizada cronología que conocemos de la celeberrima dinastía de Gelves.

Antes de partir—porque embarcarse es una cosa muy seria—, Gallito ha venido a Sevilla a decirle adiós a la Giralda y a despedirse de su madre, de sus hermanos, de su tío Rafael, el Gallo, y de esa numerosa legión de amistades—verdaderas unas, interesadas otras—que llenan la vida de los toreros...

En la calle, en el cine, en el bar, en la tertulia... Gallito ha ido repartiendo saludos y sonrisas por toda Sevilla.

—¿Pero te embarcas de verdad, Rafael?

—Esta vez va de veras... Dos años me quedé con el contrato en el bolsillo; pero ahora se trata de Méjico y hay que cruzar el charco. No es cuestión de quedarse aquí cuando allí lo esperan a uno con tanto interés. En Vigo me embarco dentro de unos días...

—Que sea enhorabuena.

—Gracias.

Sobre la mesa humeca un oloroso habano. Más allá, media taza de café. Y sobre la silla más próxima, un sombrero de ala ancha, color marrón claro... Las señas no engañan; allí está El Gallo. En efecto, poco después—la espera es breve—, Rafael Ortega y su tío aparecen en la terraza. Tras ellos llegan la madre y los hermanos del torero y un íntimo de la familia que ha defendido su fidelidad gallista en todos los tiempos: Enrique García Oviedo. La conversación—como es lógico—viene a caer sobre el tema taurino y, más concretamente, sobre el viaje de Gallito a Méjico.

—Vamos a ver, Rafael, ¿qué crees tú que extrañarás más por ahí?

—La falta de mi madre, mi casa...

—¿Y después?

—To esto... ¡Tú no sabes lo que es acordarse de España cuando uno está lejos! Y yo, hasta ahora, no he

"Antes de embarcar, escúchame unos consejos..."

"Tú puedes caer en Méjico como una flor"

"Si tienes suerte, te traes "p'acá" un capital"



Rafael Ortega Gallito, se despide de su madre en Sevilla antes de emprender el viaje a Madrid, primera etapa de la travesía a tierras mejicanas

cruzar el "charco"

ido más que a Lisboa y algunas veces por el sur de Francia; pero cuando se deja atrás la frontera, no importa la distancia. ¡Hay veces que abrazaría uno al primero que se le acerca hablando español!

Rafael, El Galló, interviene en la charla. El sabe muy bien cómo tira el recuerdo de España.

—Yo siempre tenía ganas de volver..., aunque no fuera más que por emprender un nuevo viaje.

—Oiga usted, Gallo—Gallito da ese tratamiento a su tío—, ¿es verdad que allí se pueden hacer con el toro muchas cosas que aquí no salen?

—De allí, si tienes suerte, puedes traerte pa acá medio Méjico.

—La tendré. Además, dicen que hay una expectación...

—Naturalmente... Y tú puedes caer allí como una flor.

—Eso, yo no lo sé...; pero me consta que la gente tiene mucho interés en ver a los toreros españoles. Allí hay mucha afición. El toreo es casi una empresa nacional... Me han dicho que un avión del Gobierno irá a recogerlos a La Habana. ¿Usted no cree, Gallo, que en sus tiempos no era así?

—Desgraciadamente, no.

—Un periodista mejicano me ha dicho que este año la competencia de los españoles hará subir el tono de la fiesta. El año pasado se dieron veintitantos festejos en la Plaza de El Toreo; casi en todos se acabó el papel... ¡Figúrese usted, Gallo, lo que pasará este año!

La conversación deriva hacia otros temas taurinos. El Galló—que ha encendido un nuevo puro—empalma las anécdotas de su estancia en América. El diálogo se anima. Entre las frases anotamos una definición del toreo—el toro hay que templarlo como a la guitarra—que merece los honores de la reproducción.

Después, al filo de la tarde, Gallito se excusa. Tiene que preparar las maletas, recoger el billete para Madrid... y su madre—que asintió en silencio a nuestra conversación, ausente de una alegría que no puede compartir—quiere tenerle a su lado las últimas horas de estancia en Sevilla. Y no hay razón para robarle esa dicha.

FRANCISCO NARBONA

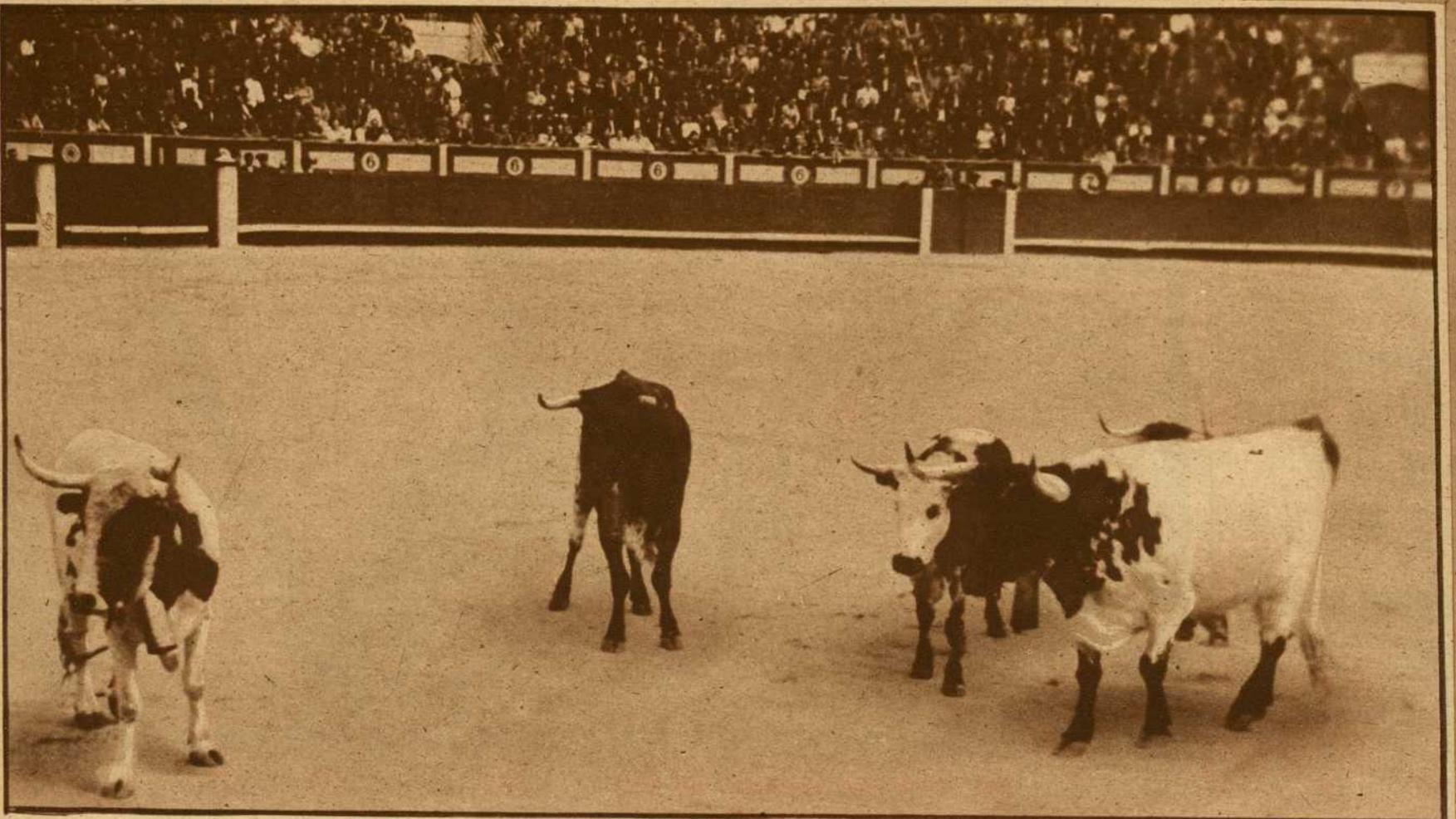


En el centro, Rafael, el Gallo, el viejo Rafael, el que "sabe más por viejo que por diablo", con sus sobrinos y un amigo de la casa, don Enrique García Oviedo. (Fotos Arenas.)



**El que ríe primero
ríe dos veces, y eso
se lleva ya de ventaja**





HABLAN LOS GANADEROS

Por ANTONIO DIAZ-CAÑABATE

Esta conversación que paso a relatar, lo mismo pudo tener como escenario los soportales de la plaza Mayor de Salamanca o la calle de Tetuán de Sevilla, el café Novelty salmantino o el sevillano Gayango. En estos dos locales se reúnen sendas tertulias de ganaderos de toros bravos. Sus nombres son famosos en toda España. Buena gente esta de los ganaderos, gente de campo, agricultores, dueños de predios rústicos que ellos mismos rigen. Es fama—y quizá la fama muchas veces se confunde con la leyenda—que antaño los ganaderos de reses bravas eran grandes señores que poseían el ganado de lidia como un lujo, que sólo atendían a la gloria de su divisa, desdendiendo el lucro. Ahora... ¡chitón!, los ganaderos hablan, allá en Sevilla; allá en Salamanca, donde ustedes prefieran. Oigámosles en este día de octubre.

—¿Te ha quedado algún toro?

—¿Qué preguntas tienes, los mismos que a ti!

—Y más que hubiera habido, ¿no es eso?

Todos los ganaderos presentes ríen. Es su risa ancha y optimista.

—¿Habéis leído eso que se dice ahora al final de la temporada de que ya se han acabado los toros chicos y que el año que viene los toreros exigirán el toro hecho y con presencia?

Todos los ganaderos presentes ríen. Es su risa ancha y optimista.

—Hombre, el otro día me dijeron que Fulano se llevó un disgusto terrible porque le exigieron que cortase los pitones a cinco de los seis toros que enviaba a Madrid; ¿será verdad?

—Puede ser; los románticos no se acaban nunca.

—Además, no sé de qué se quejaba; le dejaron uno para muestra de que sus toros también tenían puntas.

—Pues esa es la cosa: que el que le dejaron era mógón del derecho.

Todos los ganaderos presentes ríen. Es su risa ancha y optimista.

—Bueno; dejémonos de bromas; vamos a hablar en serio. ¿Vosotros creéis que esto seguirá así mucho tiempo?

—¿El qué, el toro chico, el desbarajuste y la confusión, el lío de los hierros y los toros sin él, las sesenta mil pesetas por seis uteros, los toros que se caen y los toreros que les cortan orejas? ¡Pues claro que sí! El torero va por un sendero que no tiene salida. Los aficionados están cansados de tragedias; hay muchas tragedias en el mundo, y la gente lo que quiere es divertirse por las buenas.

—Has mezclado la gente con los aficionados y son

dos cosas distintas. Si hablas de la gente, tienes razón; si te refieres a los aficionados, te equivocas. El aficionado añora el toro, lo desea...

—Un momento. ¿Si lo desea, por qué no lo exige?

—Ese es otro cantar.

—No lo entiendo.

—Me explicaré. Los aficionados son ya muy pocos. Van a las plazas a remolque, como va el borracho a la taberna y el jugador al garlito, pero ya no cuentan, ya no influyen, ya no deciden, los absorbe, los anula la multitud, la gente que impone su criterio y que gusta de la floritura y del pingü. Cuando la gente deje de ir a los toros, entonces hablaremos; mientras tanto, no tener cuidado; todo seguirá como hasta aquí.

—Realmente todo esto es un sueño. ¡Pensar en aquellos tentaderos de antes, en aquellas vacas desechadas que había que mandar al matadero sin remisión, en aquellos finales de temporada con dos o tres corridas en las dehesas, con la preocupación de las ferias importantes, con la pesadilla constante de Madrid, con el regateo del precio, con la lucha de la competencia.

—Es verdad; no apreciamos estos tiempos y encima nos quejamos de las multas.

—Ahí es nada; en lugar de ir nosotros a rogar a las Empresas, que vengan las Empresas a pedirnos por favor el que les vendamos una corrida.

—Y eso de decir: no puedo, no tengo toros, están muy chicos... Y que le contesten a uno...

—¡No importa, igual da, no se preocupe usted, que la embarquen mañana...!

—¡Y allá va la becerrada...!

—¡Y venga a cortar orejas...!

—Y con un puyazo y un refilonazo a cambiar el tercio...

—Y la gente en los tendidos chillando tan contentos, ¡que no le piquen, fuera los picadores, pobrecito! Como si el toro fuera de mazapán.

—No exageremos, no exageremos. Si nosotros tiramos piedras contra nuestro propio tejado, estamos perdidos.

—Calma, tranquilidad, estamos solos, nadie nos es cucha y, por lo tanto, podemos hablar a gusto.

—Y tan a gusto, eso no se puede negar: todos los toros vendidos a buen precio, los toreros contentísimos porque no exponen un alamar, los públicos venga ovacionarles todas las mojegangas y nosotros...

(Aquí hay que distinguir. ¿Dónde estamos, en el Novelty salmantino o en el Gayango sevillano? Porque si es en el Novelty, a ese nosotros sigue un...)

—Vamos a tomar café.

(Y si estamos en el Gayango, lo que se dice es...)

—Que traigan una botella de vino.

Pero, a la postre, es igual. Lo que sucede es que todos los ganaderos están conformes en lo bonancibles que son los tiempos y lo admirable que resulta la cría del ganado bravo. Hasta el becerro más insignificante se justifica y se tolera.

—A mí se me saltan las lágrimas cuando voy a ver una corrida mía y oigo en los tendidos, después del primer puyazo: ¡Bueno, basta ya, que se va a caer! Y cambian a banderillas, y tocan a matar, y el toro...

—¿No estamos en confianza? Pues vamos a llamar a las cosas por su nombre... y el becerro...

—Es igual...

—¡Magnífica palabra! Ahí está el conquis; todo es igual... ¡Que siga el becerro!

—No exageremos y, sobre todo, vamos a entendernos. ¿No estamos hablando de corridas de toros? Pues entonces...

Y aquí surge un puritano, que también los hay, el cual exclama:

—No, no estamos hablando de la fiesta de toros; hablamos por hablar de nuestros asuntos, de nuestro negocio. No hay que confundir.

—Tú siempre con tus manías...

—¿Manías, por qué, porque aun sigo con la ilusión de lidiar una corrida cinqueña? ¡Si se me quedó de hace dos años, qué voy a hacerle yo!

—No te pongas así. Después de todo, qué más da. Ya la lidiarás.

—Sí; en el matadero.

—Eso siempre ha pasado. Los toros cinqueños se los tenía que comer uno. ¡Ni Frascuelo ha matado en su vida un toro de cinco años!

—Además, hoy se torea de cerca como nunca y, el toro necesariamente tiene que ser más chico. ¿Tú crees que a un toro de los de tu abuelo se le podían coger los pitones, o dar un molinete de rodillas, o torrear mirando a una chavala que está en contrabarrera? ¿Y no es más bonito este torero de ahora que aquellos mantazos de antes?

—Bueno, pues tú sigue con tus corridas cinqueñas y verás qué pelo echas.

Y ya se ponen a hablar de habas y de lo malo que está el campo. Vamos a dejarles, que ellos saben lo que dicen, pero a nosotros eso no nos importa demasiado.

La colección pictóricotaurina del Ministro del Japón

Por MARIANO S. DE PALACIOS

EN esta misión que el crítico se ha impuesto de estudiar o comentar la obra pictóricotaurina que hasta hoy se ha realizado, llegando en su labor informativa en las tareas periodísticas hasta tratar de las colecciones particulares, lleváanos en esta ocasión a sostener una entrevista con el gran amigo de España, el actual enviado extraordinario y ministro plenipotenciario de Su Majestad el Emperador del Japón, excelentísimo señor don Yachihiro Suma, gran político y culto diplomático, viajero por todas las latitudes, gran aficionado y conocedor del arte, uno de los primeros grandes coleccionistas de cuadros y a la vez ferviente admirador de nuestro país, de su espíritu artístico y como derivación de nuestras costumbres, de nuestro pintoresquismo, folklore y de cuantas manifestaciones

raciales nuestras tienen color o acoplamiento plástico y pictórico, artístico, en una palabra, que venga a marcar o caracterizar el tono genuinamente español e idiosincrásico. Y claro está, el actual ministro del Japón en España es un entusiasta, un devoto de nuestra colorística, sugestiva y emocional fiesta de toros.

Hemos entrado en el palacio de la Legación Imperial—ya

visitado otras veces—en esa hora casi crepuscular en que la luz tamizada, oscurecida en las estancias, produce en el ánimo algo así como una mayor intimidación al silencio, dispar con nuestra profesión interrogadora y con el objeto que esta vez nos ha traído aquí.

Poco o nada indica que pisamos terreno oriental, y, sin embargo, ese espíritu lejano y tantas veces atribuido misterioso flota en estas estancias ricamente alhajadas con los más bellos cuadros de firmas prestigiosas de todas las épocas. Tallas y tablas de primitivos, de los siglos XIII al XVI, en el hall y en la gran escalinata. Cuadros de Goya, Lucas, Tiziano, Velázquez, Antonio Moro y Antonio del Castillo, en los dos grandes salones de audiencias. Cuadros de Murillo, el Greco y el Divino Morales en el salón de fumar. Fortuny, muchas obras de Fortuny, en el de recepciones. Obras del más puro arte pictórico chino y japonés en el salón oriental contiguo al comedor de gala, donde los modernos lienzos de Vázquez-Díaz y Ricardo Baroja, junto a los de Joaquín Mir, Snyder y Mazo, ponen una nota diversa y antitética en la pintura. Y repartidos por otros salones y despachos de la casa, obras de Esquivel, Raimundo Madrazo, Romero de Torres, Benedito, Sorolla, Cecilio Plá, Emilio Sola, Domingo Marqués, Alejandro Ferrant y Solana.

Sólo un típico y bellísimo biombo del más puro estilo oriental ante la puerta corrediza que da acceso al gran comedor de gala nos habla aquí, en este salón en que estamos, de ese Japón heroico y galante, como lo tituló aquel ameno y gran escritor cosmopolita que se llamó Enrique Gómez Carrillo. Pero es igual. Todo nos habla, como he dicho antes, de ese país de ensueño y de leyenda, maravillosamente perdido en las isleñas perlas del Pacífico.

Todo el espíritu oriental, mezclado con la elegancia europea, nos habla aquí entre los mármoles de las paredes y columnatas de este salón en que aguardamos la llegada del ministro, que, al abrirse las grandes puertas de caoba, aparece sonriente, tendiéndonos la mano en afectuoso saludo europeo, al que no sabemos nosotros si corresponder en justa atención, con las tres graves y solem-

nes reverencias de saludo y respeto de su atrayente y milenarío país.

Hemos hablado de todo con esa locuacidad a que invita y exige la amenísima conversación del ministro, y al fin, firmes al propósito que en esta tarde septembrina nos ha traído aquí, le hemos formulado la primera pregunta que nos sugiere la índole de nuestra revista:

—¿Le gustan a su excelencia los toros?

—¡Naturalmente!—ha respondido rápido, abriendo los ojos como extrañado de que pudiéramos dudar— Soy un gran aficionado.

Y luego, con esa voz tan peculiar, con ese acento tan característico del que habla y domina varios idiomas, insiste:

—Los toros son magníficos.

Y al decirlo, parece pretender expresarnos con estas pocas palabras toda la gran afición que siente por nuestra fiesta nacional.

—¿Cree, señor ministro, que los toros son un arte?

—¡Oh! Sí, sí. Desde luego. Un arte nacional. En esta fiesta está puesta toda el alma española. Todo su espíritu tradicional.

—¿Cuál «suerte» en los toros le interesa más?

—La de muleta, y de ella, los pases naturales. En esta naturalidad veo más la manifestación artística.

—¿Cuál suerte le interesa menos?

Y el señor Suma nos contesta rápido: —La de caballos. La pica me parece una buena «máquina» para sacar la sangre a los toros.

—¿Qué espectáculo cree su excelencia que puede compararse a este nuestro?

—Ninguno. No existe. Es único y el más bonito. Es el mismo ambiente que yo conocía fielmente reflejado en aquella novela de Blasco Ibáñez que se llama..

—Sangre y arena.

—Justamente.

Puestos en el terreno de la confianza, surge el interrogante, con cuya contestación queremos juzgar parte de los gustos y preferencias del espíritu oriental, que nos responde.

—¿Qué toreros le gustan más o cuál prefiere por su arte de torear?

—Me agrada mucho Manolo Martín Vázquez y admiro el arte y destreza del gran Domingo Ortega.

—¿Va su excelencia a todas las corridas?

—A todas o a casi todas. Me pierdo muy pocas, y voy siempre al burladero. Creo que los toros deben verse de cerca. En barrera o tendido bajo. El palco no lo utilizo jamás. El palco me parece teatral.

—¿Cree, señor ministro, que este espectáculo, esta fiesta nuestra, trasplantada al Japón, gustaría?

—¡Oh! Desde luego. Mi ambición sería poder llevarla a Oriente.

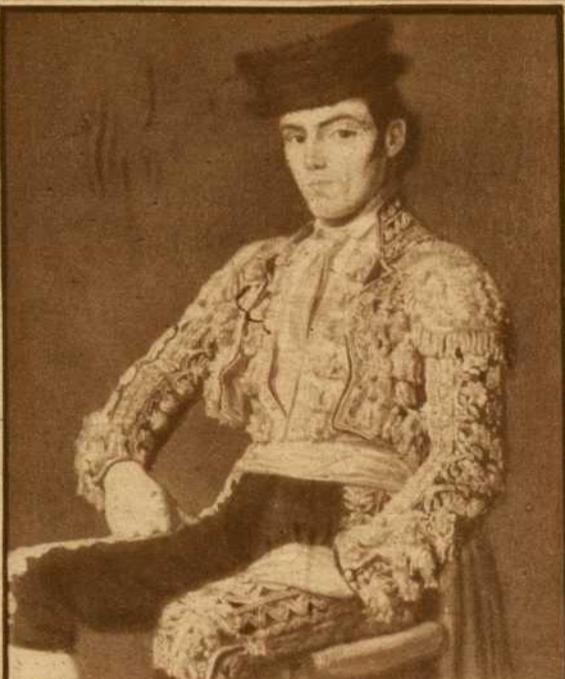
Y diciendo esto, el ministro ha hecho que le acompañemos a las salas de la planta principal, donde tiene «su» Museo taurino, presidido por una magnífica cabeza de toro disecada, bajo la cual se lee, en una placa dorada, esta inscripción: «Cabeza de toro lidiado por El Algabeño en la Plaza de Toros de Valencia el 26 de julio de 1925, de la ganadería de Pablo Romero, de Sevilla, regalo al ministro del Japón, señor Suma del director general de Ganadería, del Ministerio de Agricultura». Y cuadros, muchos cuadros con asuntos y temas taurinos; retratos, apuntes y escenas de toros. Aquí el banderillero Cúchares, por Lucas (padre); más allá, el torero Paquiro o Reunión de toreros, por Manuel Castellanos; Un torero, de Juliá, pintado en 1896, o La Plaza de las Ventas, de Solana; un cartel magnífico de Roberto Domingo; La pica del toro, por José María Vidal; Los ídolos, de Vázquez Díaz; Toros, de Goya, y Corrida en un pueblo, de Lucas. Un retrato al óleo de Mazzantini y otro de Vicente Pastor, y apuntes, muchos apuntes y bocetos.



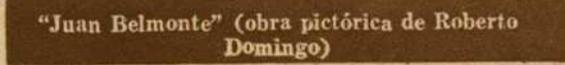
Excmo. Sr. Yachihiro Suma



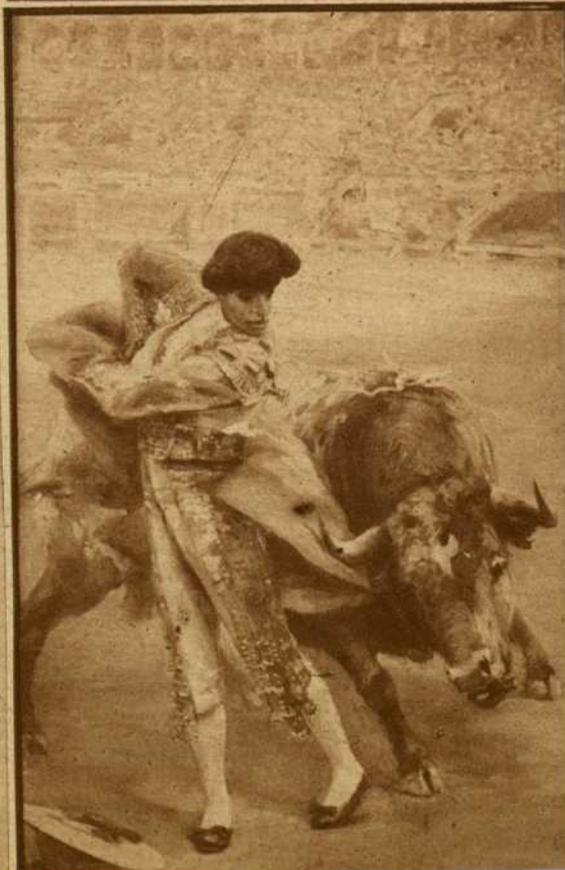
El señor ministro del Japón



"El torero Paquiro" (cuadro de Manuel Castellanos)



"Juan Belmonte" (obra pictórica de Roberto Domingo)





CHARLA CON SIMAO DA VEIGA

¡Aquella jaca torera...!

El caballero portugués lleva veinte años en la profesión y no piensa retirarse por ahora

QUEDÓ la tarde, con el viento y la llovizna, fresca y desapacible. Simao, con muy buen acuerdo, propuso el retorno al hotel donde se hospeda. Al poco, arrellenados en los cómodos sillones de un recoleto saloncito, nos congregamos alrededor de un servicio de café.

Simao da Veiga—caballero en Plaza y fuera de ella—tan a la española ha llegado a sentir su arte, que no ha muchos días nos sorprendía en la Monumental madrileña toreando a pie con todo un garboso salero e intercalando en la faena varios pases de irreprochable ejecución rematados con una certera estocada en las mismas agujas.

—Sería pueril disimular mi contento—dice—, no sólo por haber cortado una oreja en Madrid, sino también por compartir el éxito con Alvaro Domecq, de quien tanto y tan bien había oído hablar.

—¿Acaso no se conocían ambos todavía?

—Hasta la víspera de nuestra común actuación, no había tenido el placer de trabar amistad con el caballero jerezano. Tuvo la gentileza de invitarme a comer y en seguida me cautivó con su cordialidad, tan característica en este país.

—¿Cree usted que el trabajo de Domecq agradaría en Portugal?

—E soy plenamente seguro.

—¿Había toreado a pie alguna otra vez?

—Una, el año 1938, con ocasión de intervenir en el festival verificado en la capital de Méjico a beneficio de aquellos periodistas. Lo que nunca hice antes de ahora fué manejar el estoque. Con lo que resulta que Simao es el primer portugués que ha consumado la suerte de matar en la primera Plaza del orbe.

—¿Cómo nació su vocación de jinete, al mismo tiempo que se desarrollaba su afición a los toros?

—Yo me crié en el campo, en la heredad familiar conocida con el nombre de Pedrogam, enclavada en el pueblo de Lavre, perteneciente a la provincia de Alentejo. En casa tuvimos siempre ganadería de reses bravas, sin pretensiones de adquirir nombrada y sí únicamente para que mi padre se entrenara en el ejercicio del toreo a caballo. Nuestra modesta vacada se formó con cincuenta vacas que mi padre adquirió a la viuda de Soler.

—¿A qué edad empezó usted a rejonear?

—Contaba dieciséis años cuando mi padre me otorgó la alternativa en la Plaza de Campo Pequeno. Dos años después, en 1924, hacía mi presentación en España, en el ruedo de Barcelona, acompañado de mi padre, para rejonear dos toros de don José Bueno. Recuerdo que a la corrida asistieron los reyes de España y los de Italia. Concluido nuestro trabajo, Marcial, Villalta y Algabeño lidiaron seis toros. A los pocos días actuamos mi padre y yo en Madrid.

—¿Cuál ha sido hasta la fecha su mejor temporada?

—La de 1927. En ella intervine en más de treinta corridas.

—¿Cuántos caballos lleva preparados?

—Pasan del centenar.

—Al hablar de caballos es inevitable un recuerdo a su famosa «jaca torera». ¿Qué fué de aquel caballo?

—Por «jaca torera» se bautizó en España a un caballo bayo, al que yo distinguía con el nombre de «Redondo». Había nacido en las caballerizas de nuestra alquería; en él aprendí a montar siendo todavía un muchacho, y fué el caballo predilecto para todos mis hermanos. Durante trece años rejoneé con la «jaca torera». La última vez que actuó en Madrid fué en la corrida en la que Belmonte confirió la alternativa a Gitanillo de Triana. Murió cuando contaba veintiún años. Ciego y sin fuerzas para incorporarse, aun conoció mi voz hasta su último instante.

—¿De cuántos caballos dispone usted, perfectamente dispuestos por el momento?

—En España trabajo ahora con cuatro: «Bombita» es un alazán castaño que lleva conmigo cinco temporadas; «Armillita», adquirido por la Empresa de Madrid; «Recuerdo» es el nombre de un caballo tordo al que todavía no he dado de alta en su preparación, y por último, «Gallito», la nueva jaca torera que sólo cuenta seis años y va a ser una digna sucesora de la anterior.

—De las suertes por usted ejecutadas, ¿cuál estima como de mayor peligro?

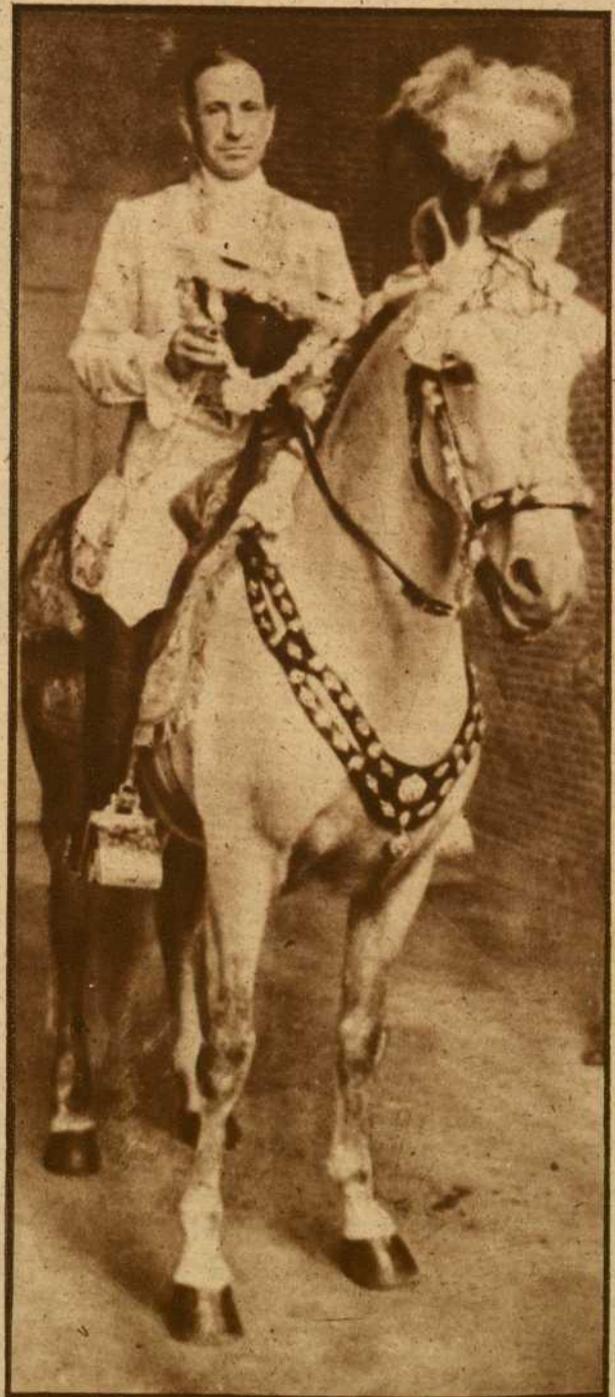
—La más peligrosa es la del rejón a «puerta gayola», esto es, esperando al toro en la puerta de chiqueros para colocar el rejón, procurando que el caballo no sea atropellado por la grupa.

—Por último, dígame, Simao, ¿piensa continuar mucho tiempo en el ejercicio de su profesión?

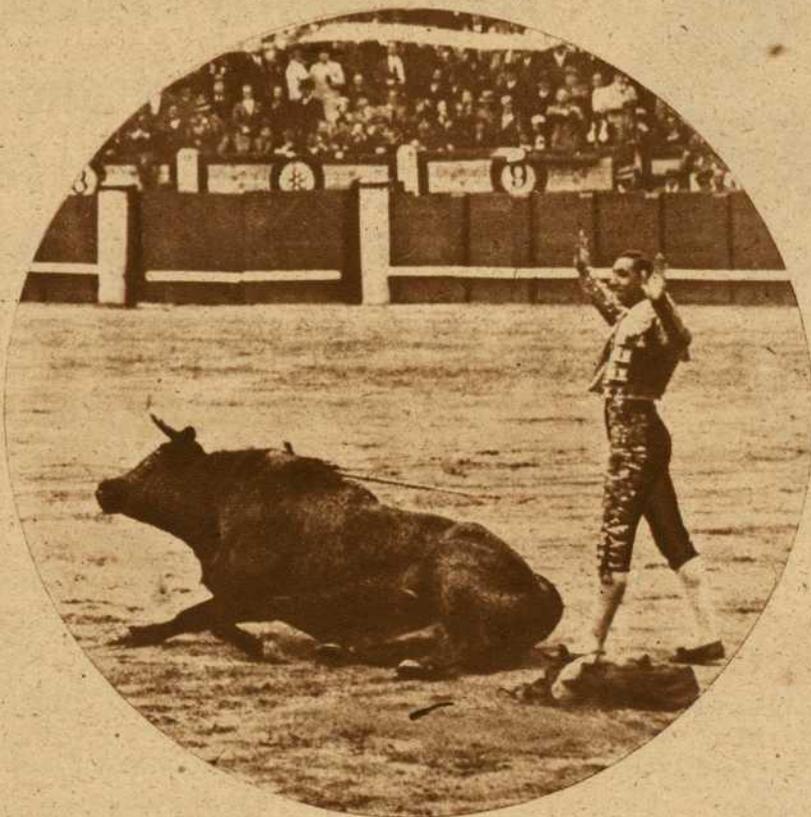
—Todavía me encuentro en plenitud de facultades, pese a mis veinte años de ininterrumpidas actuaciones; los públicos siguen prodigándome su cariño, y mientras no les cansé mi trabajo, cabalgaré sobre mis jacas con el mejor de los entusiasmos.



Simao Da Veiga clavando un rejón. Dos retratos del gran jinete: en traje español campero y a la usanza portuguesa



¿EN CORTO Y POR DERECHO?



Por FELIPE SASSONE

tiempo de "ver venir" al matador y ponerse por delante. En la suerte a volapié el diestro arranca a un tiempo mismo—y es el primero de la suerte—la pierna y el brazo izquierdos, la muleta y el estoque. La muleta habrá de dejarla muerta, tendido el pico entre los cuernos y ante las patas del toro, y en cuanto éste humille, habrá de herirle con toda celeridad, antes de que se mueva. La muleta sirve para descubrir al toro, para entretenerle, no para torearle, porque en la suerte a volapié la muleta no debe traerse al toro toreado, ni desviarlo de su recta, porque se atravesaría la estocada, o el matador "se atracaría de toro", y con éste encima, ahogado por el enemigo, no podría estirar el brazo derecho. Lanzada la muleta y descubierto el toro, el matador va hacia él, doblándose sobre el acero, que introduce a favor del empuje del animal, y una vez que ha metido en el morrillo toda la cantidad de acero que pudo y ha cumplido la conjunción (segundo tiempo de la suerte), que ya no puede prolongar, seguirá pasando, se irá por pies del embroque (tercer tiempo), y por ir más allá que su muleta, no porque toree con ella, dejará ésta detrás de su cuerpo, pero siempre muerta, sin ceñírsela al costado, porque si tal hace se expone a que el animal, embebido en el trapo, dé lo que llaman los toreros "un tornillazo" y lo prenda por la cadera o por una corva, precisamente a la salida.

El lector, algún lector, que habló sin duda con algún torero, de los que ejecutan bien y explican mal, y hay muchos, querrá preguntarme "por el quiebro de muleta", por eso que llaman "vaciar" y "dar salida", y recordará aquello leído en muchas reseñas de que "el diestro entró despacio a volapié y metió, palmo a palmo, el acero...", etc., etc., y le diré que todo eso son ilusiones, cuando no monsergas. Una cosa es la suerte a volapié y otra las suertes arrancando, a un tiempo, al encuentro y recibiendo, y de todo ello hablaremos; pero en la suerte a volapié—cuya forma suprema es en las tablas y dándole éstas al toro—hay que entrar de prisa y herir pronto, y no hay "quiebro de muleta" porque la muleta descubre y no torea, y "vacía" el cuerpo al pasar por delante del trapo y no el trapo, que no viene al cuerpo, porque el cuerpo es el tren que pasa al árbol, y la muleta es el árbol, que no avanza hacia el tren, y el torero no da salida, sino que la toma por pies, y de la inmovilidad de la mano izquierda, después de arrancado el matador, depende la calidad de la estocada.

Pero de todo esto, que en un solo artículo no cabe, ya hablaré otro día y me llamará loco algún sabio, y yo pensaré que es tonto, sin decirselo..., ¡por no discutir!

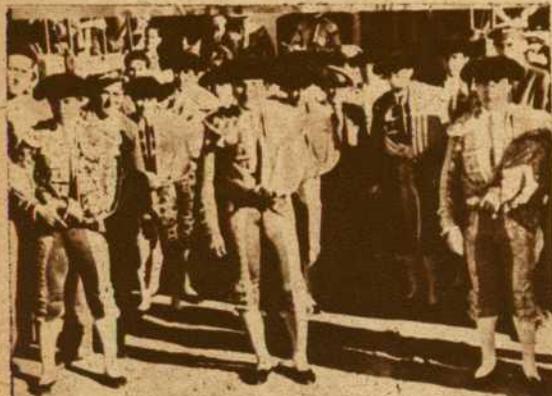
CUANDO me dispongo a escribir de la suerte del "volapié" se me ocurre lo primero poner entre interrogaciones una frase inveterada que a ningún buen aficionado se le ocurrió nunca discutir. "En corto y por derecho". Por derecho, bueno; por derecho, sí, porque así hay que entrar a matar. Pero, ¿en corto, muy en corto, y a "volapié"? Si la suerte se llama volapié, en un principio "vuela pies", y cuando se habla de las aves se dice que va a volapié de la que corre, ayudándose con las alas, medio corriendo y medio volando, y si la suerte del volapié la inventó, después de la de recibir, el buen Joaquín Rodríguez, *Costillares*, "para herir a la carrera a los toros parados", ¿cómo ha de volar ni de correr el espada que se coloca muy cerca del enemigo, tan cerca que no tenga espacio para desarrollar velocidad e irse por pies del centro de la suerte? Los tratados de tauromaquia—la mayor parte dictados por toreros que no sabían escribir, y escrito por escritores que no sabían de toros, y así no hay torero en el mundo que haya podido jamás torear por aprenderlo en un manual tauromáco—, los tratados, repito, aconsejan que el matador se coloque teniendo en cuenta las condiciones de ligereza del toro, a una distancia "conveniente", cerca del tardo, lejos de pronto, y esto, que nada explica en concreto, se traduce de otra manera atendiendo a la experiencia, lo único que sirve en el toreo, que es, como ciencia, absolutamente empírico. Se traduce así: el torero se colocará atendiendo sus propias facultades; esto es, en el sitio que encuentre más cómodo para engendrar el viaje y desarrollar velocidad. En la práctica, "cada maestrillo tiene su librito" y cada matador de toros su sitio, por costumbre, por comodidad personal, para arrancar a matar, y cuando no parte de su sitio, se le enredan los pasos, pierde tiempo, no logra salir por pies y no clava con seguridad.

¿Hay que entrar a matar de prisa, entonces?, preguntará, con extrañeza, algún lector. Y le contestaré que sí, que en la suerte a volapié hay que entrar de prisa siempre: al toro "con muchos pies", para ganárselos; al toro quedado y que espera, para que no tenga



EL DOMINGO, EN SEVILLA

Novillos de Guardiola para MILLET, FARAON y RANGEL



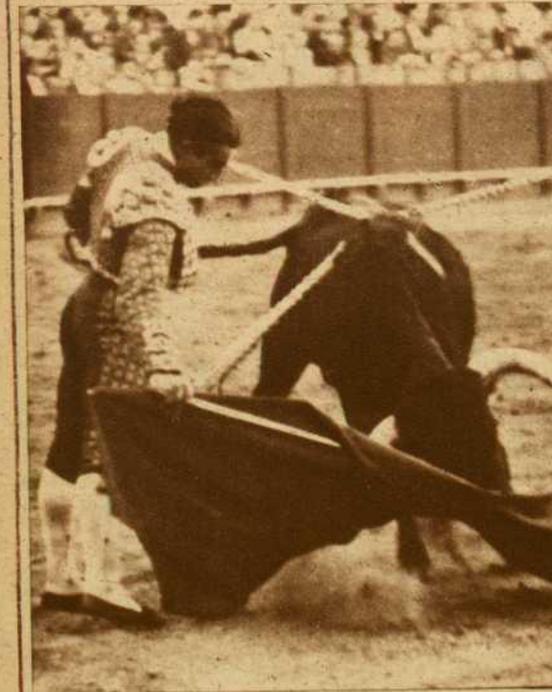
Las cuadrillas preparadas para iniciar el paseo



Un natural de Millet a su primer novillo



El novillero mejicano Rangel en un estatuario con la derecha



Faraón dando un pase en redondo al segundo novillo de la tarde. (Fots. Luis Arenas.)

LOS VIEJOS DEL RUEDO



MARIANO DIAZ

lleva cuarenta años de recibidor en la puerta de caballos

Por una "paliza" que le dió un toro renunció para siempre a ser torero

MARIANO Díaz es un hombre pequeño y nervioso, que se convierte en una montaña cuando ejerce su oficio de recibidor en la puerta de caballos de la Plaza. No hay quien se le pegue a Mariano por nada de este mundo, y ¡cuídado que los hay audaces y desaprensivos! Se viene con la entrada adquirida en la taquilla y por los medios legales? Pues adentro. ¿Se viene con mártullerías y tratando de equivocar al recibidor? Pues a la calle. Y así se da el caso de que este hombre pequeño y nervioso que es Mariano se convierte en una muralla inexpugnable cuando está cumpliendo con su deber, los días de corrida, en la puerta de caballos. Cuando el hombre acaba de cortar la entrada al último espectador—de los que buscan el acceso a la Plaza por esa puerta—hablamos con él.

—Llevo al servicio de la Plaza—dice—uno, cuarenta años, es decir, cuarenta años justos, pues ingresé como acomodador en la Plaza vieja exactamente el año 1904.

—¿Recuerda usted lo que vió aquel día?

—Como si fuera ahora mismo. Era el día de la inauguración de la temporada, y se lidiaban ocho toros de Phasas. Los matadores eran Bonarillo, Guerrita, Litri y Villita.

—¿Buena corrida?

—Estupenda. A los toreros les dió por rivalizar entre sí y quiere complacer a la Empresa y al público, y se volvieron locos haciendo cosas extraordinarias.

—¿Y el público?

—Figúrese usted. Se volvió más loco que ellos, y los ovacionó y ¡aleó hasta enronquecer. Fué aquella una buena tarde de toros, una tarde inolvidable.

—¿Cómo ingresó usted al servicio de la Plaza?

—Entré de suplente, recomendado por el padre del conserje que había entonces, y que conocía mi afición por los toros.

—¿Afición solamente?

—Tiene usted razón; lo mío, más que afición, era una cosa apasionante, una especie de locura.

—¿Pero llegó usted a torear?

—Y ¡ojalá no lo hubiera hecho nunca, pues salí desengañado de aquel intento para toda mi vida!

—¿Tan mal le fué?

—Y tanto! Mire usted cómo sería, que de la paliza que me propinó el toro—palizón más que paliza—estuve ocho días sin poder menearme y en posición de estatua yacente.

—¿Y dónde obtuvo usted semejante triunfo?

—No quiero ni acordarme: en Mascaraque, provincia de Toledo.

—¿Se retiró usted entonces de los toros definitivamente?

—¿A ver qué remedio! Pero no crea usted que fui yo el que me retiré; me retiraron ellos. Y lo sentí, entre otras razones, por el cúmulo de ilusiones que se desvanecieron a causa de aquel fracaso; entre ellas, la del apodo que yo había de ostentar cuando fuera torero, que fué causa de que muchas noches no pudiera dormir, obsesionado con aquella preocupación.

—¿Y cuál era el apodo que pensaba usted ponerse?

—Pues verá usted: a causa de mi pequeñez, yo me hubiera decidido por llamarme Minuto; pero como resulta que ya había otro torero de este nombre y precisamente por la misma causa que yo, es decir, por ser también un hombre pequeño, pues pensé que tenía que ser también algo muy breve—más breve todavía—y también del reloj, y me resolví por apodarme Segundo. No tuve suerte, y, claro está, Segundo no pudo pasar a la inmortalidad.

—¿Mejor es que pueda usted contarle, no le parece?

—Desde luego; pero crea usted que no me hubiera importado perder la vida por ser torero siéndolo en pleno triunfo y en plena gloria. ¡Como los grandes!

—¿Tendrá usted algún ídolo entre los toreros?

—Sí, señor; tengo mis ídolos, a los cuales he admirado y aplaudido antes, y a los cuales aplaudo y admiro también ahora.

—¿Cuáles eran los de antes?

—El Guerra y Reverte.

—¿Conserva usted buen recuerdo de ellos?

—Mucho; pero el mejor entre todos, una tarde que torearon juntos una corrida con toros de Ibarra. Algo grande. Los dos espadas torearón al alimón de manera irreprochable, con una valentía y una elegancia que entusiasmaron al público, y luego, el Guerra cogió las banderillas y puso cátedra de estilo, de precisión y de dominio. Como sólo pueden hacer estas cosas los grandes maestros.

—¿Y de los toreros nuevos?

—Desgraciadamente, no vive ya ninguno de los dos, pues me refiero a Manolo Bienvenida y a Joselito. Estos eran para mí los continuadores de aquella raza de toreros que arranca de los que fueron mis ídolos de ayer, sin que me sea posible modificar sobre este punto mi criterio.

—Entonces, su opinión sobre la fiesta de toros de hoy?

—Que es siempre interesante y española; pero yo me decido por el pasado. Aquellos eran toros, señor, mientras que hoy... No crea usted por eso que yo trato de quitarles su mérito a los toreros actuales, ni mucho menos. Pero me gustaban más las corridas de antaño, de mi época. ¡Con aquellos toros y con aquellos toreros!

—¿Tiene usted algún heredero de sus aficiones taurinas?

—Un sobrino, Moreno de Tetuán, que ha llegado a torear con El Estudiante. Pero también tuvo mala suerte, como su tío. A consecuencia de una grave cogida, tuvo que retirarse definitivamente. Y aquí acaba la tradición familiar taurina, aunque no la afición que todos llevamos dentro.

—¿Cómo se las arregla usted para presenciar las corridas estando en la puerta?

—Porque los recibidores vamos entrando por turno a la Plaza, es decir, unos presencian la lidia de un toro y otros la del siguiente. Gracias a este procedimiento de equidad y distribución, todos los de las puertas nos podemos permitir la satisfacción de presenciar el espectáculo.

Mariano Díaz dedica un recuerdo emocionado a la Plaza vieja, de la que, como todos los que prestaron allí sus servicios, conserva una nostalgia incurable.

—Allí—dice—no había escándalos, no había truenos—se refiere a los quebraderos de cabeza que le proporcionan los que tratan de colarse en la Plaza ilegal o indebidamente—; todo marchaba como una seda. ¡Porque si usted supiera la sangre que se le hace a uno en esa puerta de los demonios...

Ha terminado la temporada en Madrid

Se celebraron 25 corridas de toros y 25 novilladas
El torero que más actuó en el coso monumental fué Antonio Bienvenida, que lo hizo siete veces



Antonio Bienvenida

Dió comienzo la temporada con una novillada el día 19 de marzo, lidiándose seis novillos de Calderón, antes Veragua, por las cuadrillas de Miguel Cirujeda, Rafael Llorente y Manuel Ortiz, y terminó el 12 de octubre con una corrida de toros en la que actuaron Simao da Veiga, Gaitito, Albaicín y Miguel del Pino, que confirmó su alternativa. En total se celebraron veinticinco corridas de toros y veinticinco novilladas, no citándose, por considerarlo obvio, los espectáculos nocturnos y las becerradas gremiales. Hubo varios festivales, algunos de ellos de la importancia del celebrado el 17 de octubre, organizado a beneficio de la Cofradía del Cristo del Gran Poder, en el que actuaron los rejoneadores Simao da Veiga, Alvaro Domecq y los diestros José Bienvenida, El Estudiante, Cañitas y Angel Luis Bienvenida.

En la corrida de novillos celebrada el 1.º de abril, el novillero Manuel Torres, Bombita, se retiró del toreo como consecuencia de su deficiente actuación.

CORRIDAS TOREADAS POR LOS MATADORES DE TOROS

Antonio Bienvenida, 7; José Bienvenida, 6; Manolete, Morenito de Talavera y Angel Luis Bienvenida, 5; Rafael Albaicín, 4; El Estudiante, Manuel Escudero, Cañitas, Domingo Dominguín, Angelete, José Dominguín y Gallito, 3; Carlos Arruza, Pedro Barrera, Rafaelillo, Francisco Casado, Juan Belmonte, Campoy y Arturo Alvarez, 2; Andaluz, Victoriano de la Serna, José Luis Vázquez, Jaime Pericás, Maravilla, Mario Cabré, Juan M. Pérez Tabernero, Alejandro Montani, Gitanillo de Triana, El Soldado, Félix Colomo y Miguel del Pino, una.

REJONEADORES Y MATADORES DE NOVILLOS

José Martín Vázquez, Boni y Agustín Parra, Parrita, 4; El Choni, Rafael Martín Vázquez, Alejandro Montani y Emilio Escudero, 3; Rosalito, Luis Miguel Dominguín, Francisco Lara, Fuentes (?), Minuto (?), Miguel Cirujeda, Manuel Ortiz, Juan Martínez, Francisco Bullido, Francisco Peris, José Parejo y José Luis Alvarez Pelayo, 2; Rafael Llorente, Manuel Torres, Bombita, Almensilla, Parrao, Morenito Chico de Talavera, Luis Mata, Antonio Checa, Lucio Quevedo, Antonio Márquez, Pedro Robredo, José de la Cal, José Romero, Faraón, Machaquito, Gallito Chico, Manuel Garrigós Cortés, Agustín Díaz, José Catalán, Leopoldo Ramos, Felipe González, Carlos Jiménez, Manuel Plaza, Rafael Jiménez, Fernando García Ontiveros, Luis Santos y Florentino Díaz Flores, una.

Los rejoneadores Alvaro Domecq, Simao da Veiga y Diego de los Reyes tomaron parte en cuatro, tres y una corridas, respectivamente.

En este resumen no se consignan los nombres ni las actuaciones de los novilleros que remataron los toros rejoneados.

GANADERIAS

Según mis notas, se lidiaron toros y novillos—de alguna manera habrá que llamarlos, aun cuando en Madrid es donde se lidian las reses mejor presentadas—de las ganaderías siguientes: Bernaldo de Quirós, Garci-Grande, Concha y Sierra, Joaquín Buendía, Felipe Bartolomé, Manuel González, Rogelio M. del Corral, Concepción de Soto, Montalvo, Galache, Duque de Pinohermoso, Duque de Tovar, Juan S. Terrones, Antonio Pérez, Soto de la Fuente, Pinto Barreiros, Muriel, Alipio Pérez T. Sanchón, Graciliano Pérez Tabernero, Atanasio Fernández, Tassara, Claudio Moura, Gabriel González, García Boyero, José Escudero, Domecq, Calderón, Marqués de Albaida, Guardiola, José de la Cova, Arturo S. Cobaleda, Arturo Sánchez y Sánchez, Ignacio Sánchez, Moreno Ardanuy, García de la Peña, Amador Santos, Enriqueta de la Cova, Hoyo de la Gitana, Moreno Santamaría, Viuda de Cruz e Hijos, Conradi, Murube, Félix Gómez y Aleas.

ALTERNATIVAS

En el decurso de la temporada tomaron o confirmaron su alternativa los siguientes diestros: Angel Luis Bienvenida, el 11 de mayo; Eugenio Fernández, Angelete, el 14 de mayo; José Dominguín, el 15 de mayo; Carlos Arruza, el 18 de julio; Carlos Vera, Cañitas, el 10 de septiembre; Arturo Alvarez, el 10 de septiembre; Alejandro Montani, el 20 de septiembre, y Miguel del Pino, el 12 de octubre.

DEBUTANTES

Manuel Ortiz hizo su presentación el 19 de marzo; Juan Martínez, 26 de marzo; José Martín Vázquez, 1 de abril; Antonio Fernández, Almensilla, 19 de abril; Ramón Arasa, Fuentes y Miguel Martín, Minuto, 23 de abril; Morenito Chico de Talavera, 2 de mayo; Antonio Checa, 4 de junio; Rafael Martín Vázquez, 15 de junio; Lucio Quevedo y José Luis Alvarez Pelayo, 9 de julio; Parrita, 13 de julio; Francisco Bullido, 16 de julio; Antonio Márquez, 23 de julio; Manuel Garrigós Cortés, 25 de julio; Pedro Robredón, 30 de julio; José Romero, 13 de agosto; Lorenzo Jiménez, Faraón, 15 de agosto; Machaquito, 20 de agosto; José Catalán y Leopoldo Ramos, 27 de agosto; Felipe González, 31 de agosto; Cañitas, 10 de septiembre; Carlos Jiménez, Manuel Plaza, Fernando García Ontiveros, Rafael Jiménez, Florentino Díaz Flores y Luis Santos, 17 de septiembre.

COGIDAS GRAVES

Visitaron el «shule» gravemente heridos: Miguel Cirujeda, novillero, y el banderillero Fernando Cepeda, el 19 de marzo, novillada de inauguración de la temporada; Manuel Rubio, Maera, banderillero, el 9 de abril; Alejandro Montani, novillero, y Paco Lara, también novillero, el 18 de mayo; José Luis Vázquez, matador de toros, el 22 de junio; Domingo Dominguín, matador de toros, el 29 de junio; José Romero, novillero, el 13 de agosto; banderilleros: José Montañés y Agustín Quintana, el 15 de agosto; y el más grave de todos, hasta el extremo de ser vaticado, Rafael González, Machaquito, novillero, el 20 de agosto. El tercer novillo, Rumboso, de Arturo Sánchez y Sánchez, le hirió de suma gravedad al iniciar la faena de muleta hincado de rodillas en terrenos del 9 hacia el 10.

LOS TRIUNFADORES

De tantos toreros como desfilaron por el coso de las Ventas, sólo consiguieron cortar orejas: Emilio Escudero, novillero, el 26 de marzo; Rafaelillo, matador de toros, el 9 de abril; Emilio Escudero, novillero, el 2 de mayo; Antonio Bienvenida, matador de toros, el 15 de mayo; José Martín Vázquez, novillero, el 18 de mayo; Antonio, José y Angel Luis Bienvenida, matadores de toros, el 24 de mayo; El Estudiante y Manolete, matadores de toros, el 1 de junio; Victoriano de la Serna, matador de toros, el 11 de junio; El Estudiante y Manolete, el 22 de junio; Manolo Escudero, matador de toros, el 29 de junio; El Estudiante y Manolete, el 6 de julio; novilleros Gitanillo Chico y Alvarez Pelayo, el 9 de julio; Luis Miguel Dominguín, matador de novillos, el 13 de julio; Francisco Bullido, matador de novillos, el 16 de julio; Carlos Arruza, el 18 de julio; Pedro Robredo, novillero, el 30 de julio; José Martín Vázquez, novillero, el 6 de agosto; El Choni y Parrita, novilleros, el 20 de agosto; Felipe González, novillero, el 31 de agosto; El Choni, novillero, el 3 de septiembre; José Bienvenida y Carlos Arruza, el 20 de septiembre; Manolete, el 28 de septiembre.

Balance total de 1944



Manolete, 91



El Estudiante, 59



Pepe Bienvenida, 57



Ortega, 55



Andaluz, 48



Arruza, 46



Pepe Luis, 36



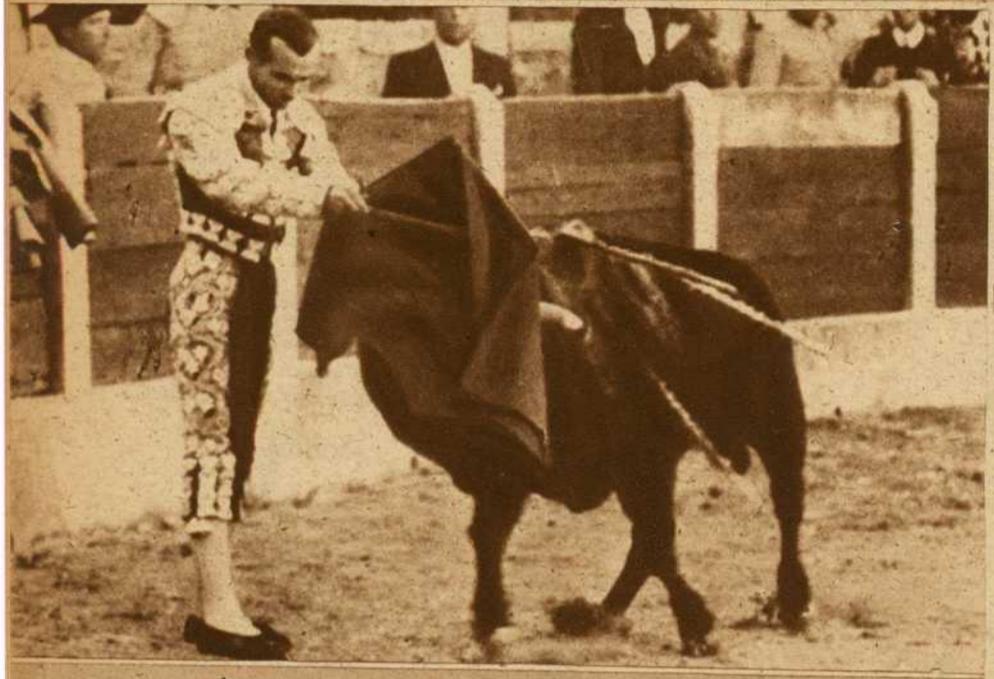
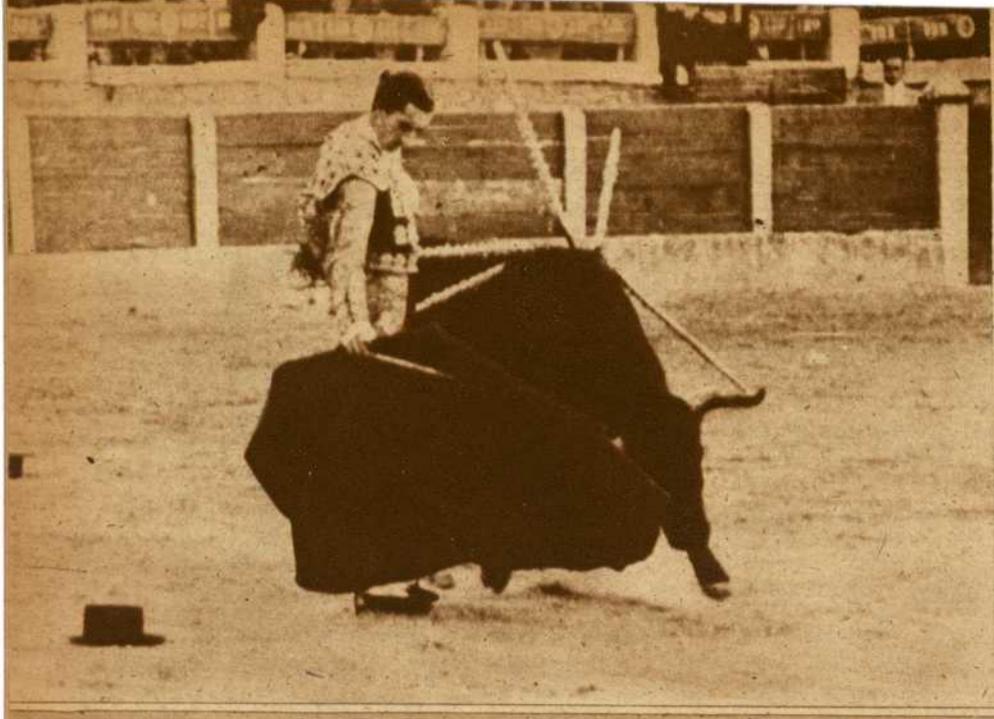
Belmonte, 36



A. Bienvenida, 25

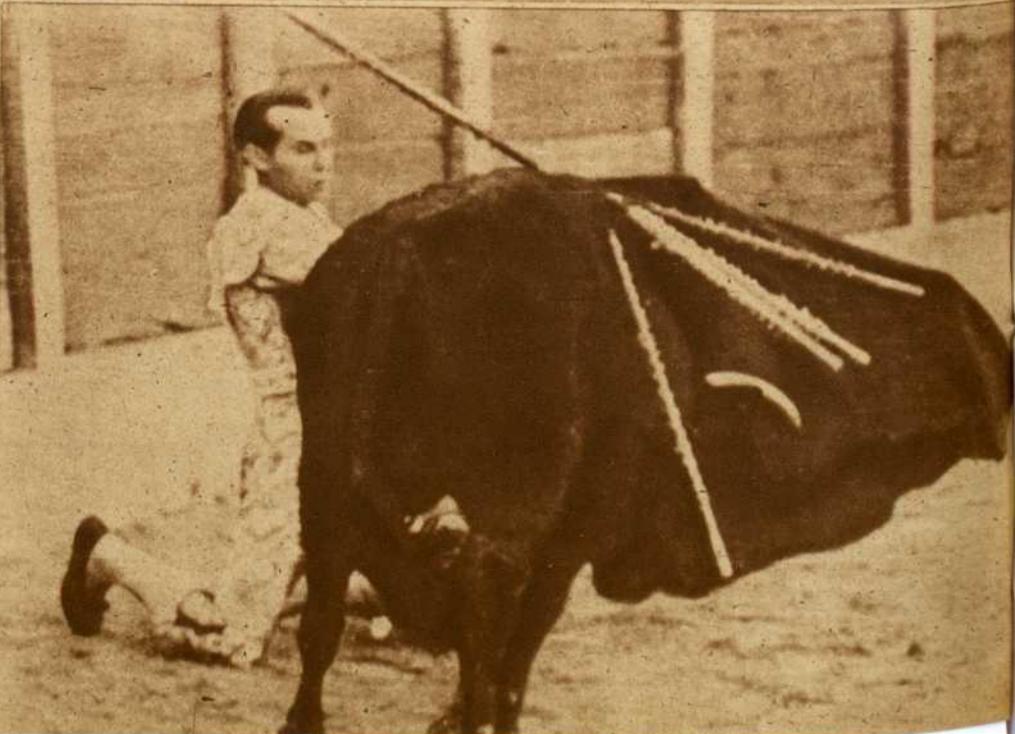
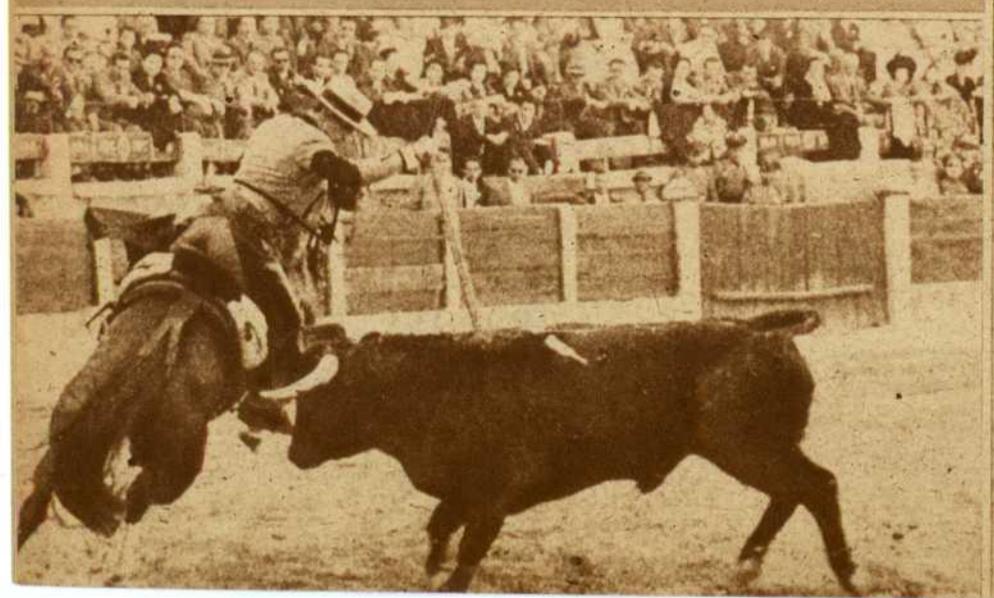
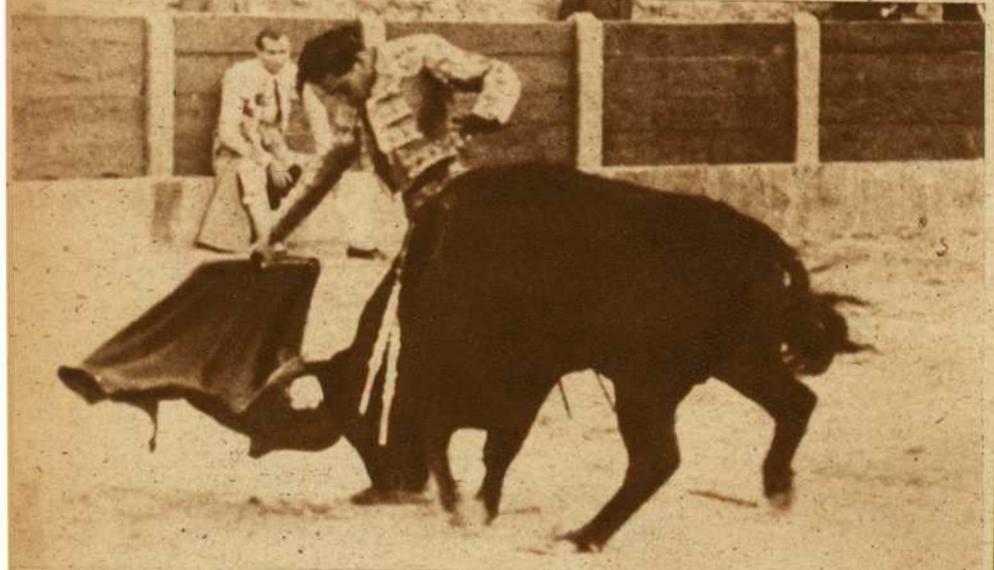


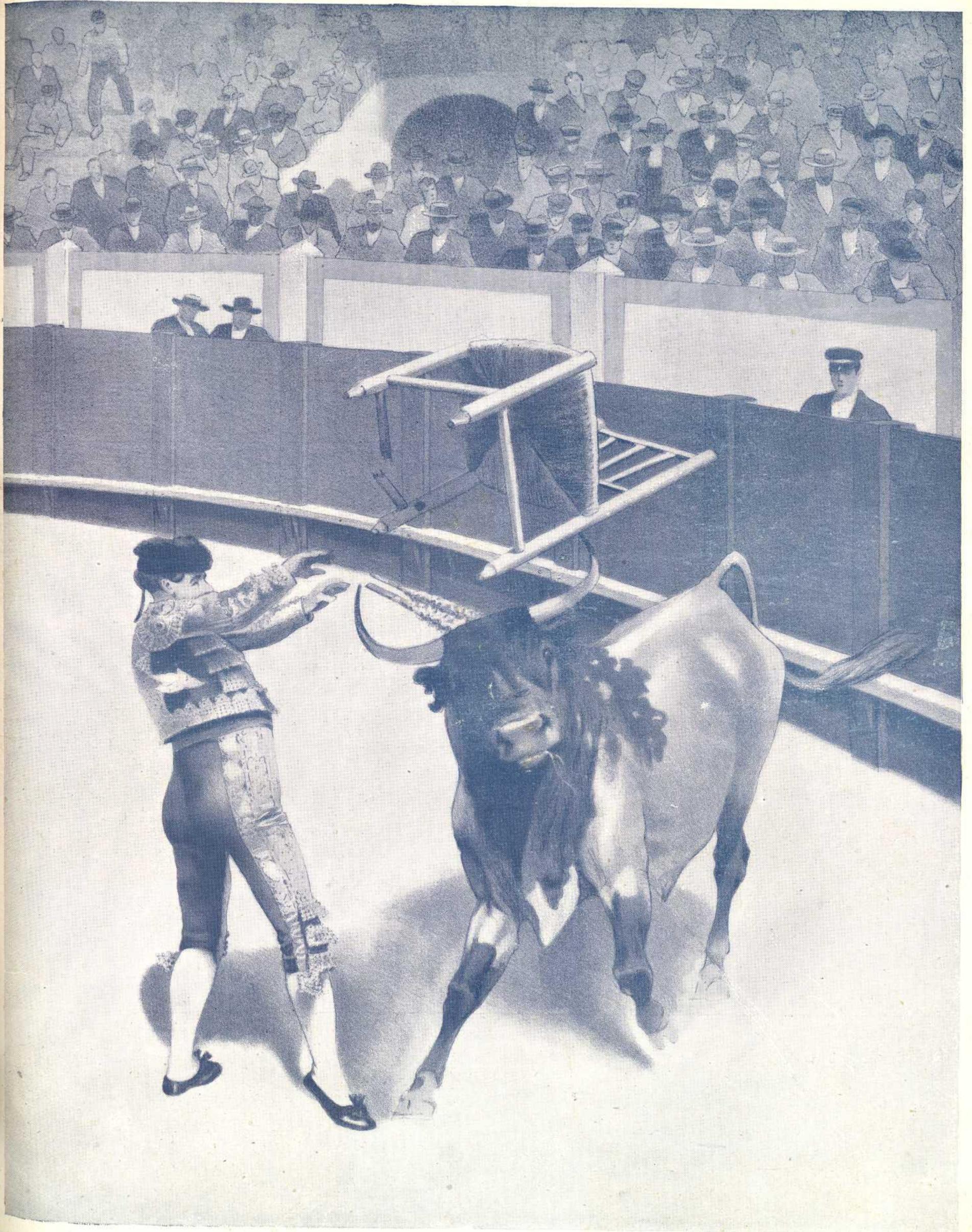
M. de Talavera, 22



Las corridas de la FERIA de JAEN

Momentos cráficos de Ortega, Manolete, Fermín Rivera, Pepín Martín Vázquez y Alvaro Domecq, durante su actuación en las corridas de la feria de Jaén.—Arriba: Manolete toreando de muleta, Ortega en un pase por alto, Fermín Rivera en un derechazo, Alvaro Domecq plantando un par de banderillas a caballo, Pepín Martín Vázquez en un gran pase a su primer toro, Ortega pasando de rodillas a su segundo toro. (Fotos Mari.)





Salida del quiebro en la silla

(Dibujo de Perea.)



Toreros célebres: Pérez de Guzmán